



EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL
EN FORMA DE NOVELAS HISTÓRICAS.

EL SARGENTO PERALES.

J. 247844

ERV
3425

EL
SARGENTO PERALES

NOVELA HISTÓRICO-ORIGINAL

ESCRITA POR

D. GREGORIO BARRAGAN

CON UN PRÓLOGO DE

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.

ASUNTOS PRINCIPALES DE QUE TRATA.

Fusilamiento de dos voluntarios de La Guardia. — Captura de un convoy, por el sargento Perales. — Los agentes facciosos en Roma. — Villahermosa: La Maestranza carlista en ella establecida. — Villafranca del Cid: Accion de este nombre.

BARCELONA

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR-IMPRESOR

57, calle de Escudillers, número 57.

PARTEMENTO PERALBA

LIBRO DE...

Es propiedad.

[Faint rectangular stamp or text block]

PARTEMENTO PERALBA

LIBRO DE...

[Faint text]

DEDICATORIA

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE CEBALLOS,

MARQUÉS DE TORRELAVEGA, CABALLERO GRAN CRUZ DE SAN HERMENEGILDO, DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA ROJA DEL MÉRITO MILITAR, DE LA DE TERCERA CLASE DE SAN FERNANDO, DE LA DE SAN MAURICIO DE ITALIA, DE LA DEL BEY DE TÚNEZ, TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES Y MINISTRO DE LA GUERRA.

Excmo. Sr.

Soldado bisoño en las brillantes legiones de la patria literatura, paso en estas mi primera revista de Comisario, con EL SARGENTO PERALES. Mi querido amigo, el fecundo novelista y comandante de aquellas, D. Antonio de San Martín, es el encargado de estenderme la filiación y leerme la ordenanza.

A V. E. toca, como veterano distinguido y hoy jefe directo del bizarro y aguerrido Ejército español, dignarse aceptar la dedicatoria que de mi obrita presente le intereso, en prueba de la alta estima en que tiene este soldado de las letras, á sus compañeros los soldados de las armas, cuando estos, como ahora ha ocurrido, vierten su sangre por la Patria, por su honra y su libertad.

Acójánla todos con la benevolencia que precisa, y dispéñseme V. E. el honor de que vayan juntos en esta página primera su nombre y el mio, significando el abrazo que por conducto de V. E. les envía con EL SARGENTO PERALES, su más atento y affmo. s. s.

Q. B. S. M.,

Gregorio Barragan.

Madrid, Setiembre 1878.

Dos palabras por vía de prólogo.

EL SARGENTO PERALES: así se titula una nueva novela, original del jóven escritor Sr. Barragan.

Dicha obra da á conocer á un poeta, más bien que á un reflexivo conecedor del corazon humano. Sin embargo, no puede leerse sin enterneamiento, la obra á la cual sirven de introduccion estas líneas.

No voy á hacer un juicio crítico, pues para ello necesitaria mucho más espacio; no mencionaré tampoco las bellezas que encierra el libro del Sr. Barragan, conocido ya ventajosamente por sus producciones publicadas en varios periódicos de Madrid y de provincias.

Lo que diré, sí, es que EL SARGENTO PERALES es digno de ser leído.

Rechácenla los hombres *del tanto por ciento*; los que viven continuamente haciendo guarismos; rechácenla tambien los corazones duros, secos, hastiados, porque en ella no encontrarán nada que hable á su alma, en la cual está embotado el sentimiento.

En cambio, el hombre sensible; el que tiene fé, el que abriga esperanzas, leerá una tras otra las páginas del libro del Sr. Barragan, libro que dejará en su mente un dulce recuerdo.

No quiero detenerme más en hacer elogios, que algunos podrian creer apasionados.

El público, juez competentísimo en la materia, juzgará á EL SARGENTO PERALES, y entonces verá si me he equivocado ó no en mis apreciaciones.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT



EL SARGENTO PERALES

CAPÍTULO PRIMERO.

¡Bendita sea la paz! — Un recuerdo de la tierra y un chaparrón del cielo. — En marcha.

I.

Ya que no coronan las montañas avanzadas de tropas ni de rebeldes; ya que no se dibujan en los cerros anchos festones de bayonetas; ya que no suena en el valle el clarín ni retumba á lo lejos el cañón; ya que no se oyen lamentos aquí ni suspiros allá; ya que la guerra fratricida terminó afortunadamente y para bien de todos, justo es rendir un tributo de admiración y respeto á tantos héroes, como de uno y otro bando y cual EL SARGENTO PERALES, han derramado su sangre ó su vida por los campos de la lucha, y patriótico es que se divulguen tantos rasgos de valor como permanecen ignotos, mereciendo ser conocidos.

Así, pues, y hoy que llevamos la reja donde ayer se llevó el fusil;

hoy que frutos se siembran, donde ayer el luto y el espanto se sembraba; hoy que se acumulan útiles de labranza, donde ayer se acumularan útiles de guerra; hoy que nacen flores, donde ayer murieron hermanos; hoy que se ven verdes los campos por las plantas, cuando ayer se veían tintos por la sangre; hoy que cruzan la atmósfera, pájaros canoros y no balas mortíferas; hoy que llegan luminosos y directos á la tierra los rayos del Sol, que ayer velaba el humo de la pólvora; hoy que bordan las carreteras los carros de la agricultura y del trajin y no como ayer, los que conducían municiones... justo y bueno es que elevemos á Dios nuestras plegarias impetrando el descanso eterno de los difuntos, y recordemos las tristes enseñanzas de la última guerra civil, para que se arraigue en los corazones de todos el ódio á esas luchas fratricidas.

Este y no otro es el pensamiento del libro que tienes delante, apreciable lector, escrito con tanto más gusto, cuanto que, si pensado en tiempo de guerra, se hizo y publica en días de calma.

¡ Bendita, pues, sea la paz!

II.

Es el amanecer de un día triste en que el cielo está encapotado y oculta á la tierra, envidioso sin duda, los puros y refulgentes rayos del Sol.

Algo debe haber ocurrido en la mansion del hombre bastante á producir esos enojos de la region azulada, cuando así tan duramente la castiga.

Pues es castigo y no escaso ni leve, eso de en una mañana del mes de Abril, empezar el día diciendo á los mortales, á las plantas y á las flores: « hoy no vereis al Sol que es vuestro encanto, vuestro aliento, toda la vida vuestra, en este período del año. »

¡ Y cuánta pesadumbre no lleva al alma, un cielo envuelto en nubes y más si esas nubes son pardas é indican tempestad próxima!

Pero no nos anticipemos.

Es, repetimos, el amanecer de un día triste; el del 24 de Abril de 1874.

En el camino que desde Logroño conduce á Pamplona y como á legua y media antes de llegar á Estella, existe una venta, posada, parador ó ventorro, — pues aunque escasas ó ninguna de las condiciones propias de esta clase de establecimientos tiene la casa en cuestion, — las exigencias ó, más bien dicho, las necesidades de la

guerra, han venido á darle la importancia que estaba muy lejos de merecer.

Lo que ni se previno ni habia en un principio, se suplió despues con el carácter de interinidad, merced á estensas empalizadas y altos cobertizos y hé aquí trasformada la antigua vivienda del peon caminero de aquel trozo, en *Posada de la Hindependencia*, segun un rótulo, que, reñido con la Ortografía, hay escrito encima de la puerta de entrada.

«Igual se lee,» diria para su capote el maestro pintor, si es que de pintor y maestro pudiera ó, más bien, debiera calificarse al que tal hizo, y así efectivamente contestaba el posadero al que por ello le argüia.

A la puerta del parador, —llamémosle así,—y al amanecer del citado dia, 24 de Abril de 1874, se hallaban dos hombres, sentados en esos bancos de piedra tan generales como casi imprescindibles en tales casas, y que están á derecha é izquierda de la puerta y bajo el cobertizo. Vestian ambos el uniforme de sargentos carlistas y pertenecian, segun las iniciales que llevaban en el cuello de la blusa, al quinto batallon castellano.

Una botella con aguardiente y dos copitas de cristal tenian en medio, y uno de ellos sacó la petaca despues de haber apurado la copa.

— Fuma y bebe, — le dijo á su compañero.

— Ni bebo, ni fumo, Herranz, — contestó el interpelado.

— ¿Cómo es eso?

— Me he levantado hoy como el dia: nublado; y á no ser porque hubieses creido otra cosa, ni me hubiera vestido aun. Parece como que no me encuentro bien.

— Hombre, lo siento. Sabes que te aprecio de veras y que, amigo leal tuyo, me interesa tu suerte tanto como la mia, y sufro con tus pesares, lo mismo que gozo con tus alegrías: ¿no es esto?

— Sí: me consta, y con datos irrecusables.

— Pues chico, ya sabes lo que dijo el otro: al mal tiempo buena cara, y á vivir. Mas... ¿quieres que te sea franco?

— ¿Y cómo no? Lo contrario me incomodaria y no dejaria de sorprenderme, cuando sabes nos queremos como hermanos.

— Pues oye, ya que eso es mucha verdad, porque sí. Tú debes estar enamorado. Aquella liberala que vimos ayer en Estella, creo es la causa de ese malestar que sientes. La verdad, chico, que era un bocado de primer órden. Vaya, Peña, que á mí, no creas que porque callo y no estoy mústio como tú, no me gustó tambien. Se me hace

la boca un agua cada vez que la recuerdo y hasta las borlas de la boina se me tiemblan de gusto. Que no salga con salud de la primera que se arme, si no digo con la boca cuanto siento dentro del corazón! Aun me figuro ver aquel talle, aquella finura de cara, aquellas cejas, aquella garganta, aquel pié, aquellas facciones, aquellos... *aqueles*... en fin, ¡ vamos! te confieso todo lo que me pasó: me *chiflé* por la hembra, y si según soy sargento primero nada más, fuera teniente general ó coronel, la hacia el amor, pero con el pensamiento de que apenas se acabase este ajo, empezaria á arreglarlo todo y en el plazo más breve, me casaba con ella.

— Llevas la cuestion por un camino que no es el que conduce al de la verdad de lo que me pasa: y para que no sigas haciéndote castillos en el aire, préstame atencion. La jóven á que te refieres, digna es por más de un concepto ciertamente de que cualquier persona formal y honrada, se fije en ella y abrigue el propósito de llamarla su esposa; pero no son sus condiciones de hermosura y atractivo las que me preocupan; es...

— Casi estoy por reirme; pero como supongo que no te sentaria bien que recibiera tus palabras tan por lo sério, con una estrepitosa carcajada, no lo hago, aunque para ello tenga que reprimirme y no poco.

— Harias mal, ¿quién lo duda? Y harias tanto peor, cuanto que aun no me has dejado concluir.

— Pues procura acabar antes que toquen llamada á las ocho, y soy todo oidos. No dirás que soy tirano contigo; aun te restan dos horas y media. Vaya otro cigarro y otra lamparilla, que la cosa promete.

— No te burles y ten un poco de formalidad.

— ¿ Pretendes volverme loco?

— No comprendo.

— ¿ Si lograremos entendernos? Fijemos bien la cuestion. ¿ Te ha gustado la jóven?

— Sí.

— Pues pide licencia ó gestiona volver á Estella con cualquier convoy; la buscas, se lo dices, os arreglais y cuando vuelvas, ya te puede acompañar aunque sea un hijo con los cordones de cadete. ¿ No es esto?

— No, no y no. Yo veria con sumo gusto á Juana, pues recordará que así nos dijo se llamaba, porque la quiero y me han volcado el corazón, su rostro y su nombre.

— Maldito si te entiendo, Peña.

—Nada más fácil, Herranz.

—Esa es otra. Conque estás enamorado de ella, no te hallas tranquilo desde que la viste, quisieras regresar á Estella solo por volverla á ver y sin embargo, dices...

—Digo y repito que la guardaré un hueco en lo más recóndito de mi alma.

—Anda, anda. Amor platónico, un sargento de S. M. el Rey Don Carlos VII (q. D. g.)... avezado á la guerra y conocido de las balas... Bueno va, bueno!

—¿Te has propuesto desesperarme? ¿Acabaremos de una vez? Pues bien, y para que suspendas todo otro género de suposiciones, te diré que la jóven liberal de Estella... es el vivo retrato de mi hermana: hasta las dos llevan el mismo nombre. ¡Infeliz hermana mia y cuántas lágrimas habrás derramado por mí, estoy seguro! Y mi padre!.. ¡Pobre padre mio, y cuánto te habrá resentido mi huida del hogar doméstico!...

—Veo con disgusto, amigo Peña, que no solo debes estar reñido con tu salud, sino que parece lo estás tambien con la mia y á tanto no tienes derecho, seguramente. Cuando menos te has figurado que nuestras *saludes*, se han pasado á los *quiris*, cuando tan mal las tratas.

—En fin, Herranz, no hablemos más de eso, porque no lograrías sacarme de mis trece.

—Chico, como gustes.

—Pues á otra cosa.

—Sea.

III.

Y Peña, como queriendo borrar de su imaginacion los recuerdos que le asaltaban, llevóse á los labios la copa del aguardiente, apurándola de un sorbo.

—Compañero, — le dijo Herranz; — si no fuera por no volver sobre lo que ya hemos hecho punto redondo, casi me alegraria haberte sacado tal conversacion, porque siquiera al final la emprendiste con el Monóvar y no de mala manera que digamos. Eso, eso, chico;

*A beber y á beber y á apurar,
las copas del licor,*

segun cantan en aquella zarzuela, otros veteranos como nosotros.

— Ahora, líame un cigarro, pues sabes que yo me las apaño bastante medianamente, — repuso Peña por toda contestacion á las palabras de su amigo.

— Así deben ser los hombres, Peña, así; y como yo no quiero dejarte solo, ni en el campo delante del enemigo, ni en la mesa, á la vista de unas perdices con tomate, ni aquí frente á frente de esta botella de *chocolate de los tunos* como oí á mi abuela, voy á beber á nuestra salud la cuarta y luego beberé la quinta á la de la hermosa liberala moza de Estella y con tu permiso.

Herranz no contestó.

Esperó silencioso á que su amigo le liara el cigarro, que este le ofreció encendido, añadiendo:

— Ahora solo faltaba que me le fumara yo para que fuera otro Juan Palomo.

Tampoco Herranz objetó ni una sola palabra á las nuevamente pronunciadas por Peña.

Y es que cuando al alma combaten hondos sentimientos, la imaginacion sufre con ella y no se fija en lo que la rodea por el exterior.

El recuerdo de Juana preocupaba sobremanera al sargento Herranz

Ya sabemos en parte, el por qué la jóven de Estella habia producido en él un abatimiento tan profundo.

Llamábase como su hermana y eran además muy parecidos sus rostros.

Un detalle nos falta que conocer, para mejor apreciar la razon del estado de preocupacion en que aquel se hallaba.

Y vamos á decirsele al lector, para el que no tenemos ni debemos tener secretos.

Oíganos.

IV.

Seremos breves, ya que á ello nos obliga, no ya solo lo corto de la historia del sargento carlista Peña, sí que tambien nuestro carácter opuesto á digresiones vagas.

En Córtes de Arenoso, pueblo del Maestrazgo, nació y fué criado, como vulgarmente se dice, aquel, y Jacinto le pusieron de nombre en la pila.

Su padre, el tío Lesmes (a) Requeson, era un honrado vecino, de oficio albañil, viudo quince años hacia y sin otros parientes ni bienes que le unieran á este mundo, que sus hijos Jacinto, al que ya conocemos, y Juana, la buena moza, como la llamaban en el lugar y á la que conoceremos en la oportuna ocasion.

Poco simpático al trabajo y más que ambicioso, fué desde niño discolo, soberbio y huraño sin que tuviese en Córtes muchacho alguno de su tiempo, que con él contara para sus juegos; antes al contrario, se suspendian todos á sola su presencia.

Ni el honorable profesor de instruccion pública con sus palabras unas veces y sus castigos otras, pudieron imprimir el cambio más insignificante en el carácter y tendencias de Jacinto, ni los consejos ni frases llenas de uncion del sacerdote del pueblo, hicieron mella en el corazon del hijo del tío Lesmes.

Si fuéramos fatalistas, diríamos que era el jóven hermano de Juana, uno de esos seres nacidos para el mal y que vienen á este mundo á cumplir su mision, sin que, por desgracia, haya causa, razon ni esfuerzo bastantemente poderoso á impedir el cumplimiento de aquella.

Y así pasaron los años.

El niño llegó á ser jóven y cumplió los quince, sin haber podido nadie hacer carrera de él, y sin que tuviese oficio ni beneficio.

Su padre sufría cruelmente.

Más que su propia desgracia, sentia la de su buena hija.

¿Qué será de ella, se preguntaba, el dia que yo deje de existir y se vea sin otros amparo y apoyo, que los de su hermano?

Obligado el infeliz tío Lesmes á levantarse á las cinco en verano y á las seis en invierno para que en la casa hubiese pan que comer, no podia dedicarse, como fueran sus deseos, á vigilar y corregir á su hijo.

Juana... ¿qué habia de hacer tambien la pobre niña?

No llenaba tan mal su mision con tener la casa y las ropas como la plata de limpias y la comida á su tiempo y en su punto.

¿Qué más pudiera en justicia exigírsela?

Todos allí cumplian con su cometido; todos menos él, todos á escepcion de Jacinto.

Y así pasaron cuatro años más.

Unos dias antes del en que comienza este episodio, aquel cumplió los veintiuno, y los diez y ocho meses de su incorporacion á las partidas carlistas.

Seres como el que nos ocupa, son siempre materia dúctil para toda esa clase de aventuras.

Así es que poco, bien poco trabajo costó á los reclutadores de jóvenes para la faccion, el convencer al vago y pendenciero hermano de la buena moza.

Unas cuantas monedas de oro, los galones de cabo primero, un fusil inglés, un escapulario, una blusa, unas alpargatas, una boina, y muchas promesas, fueron los únicos argumentos que se emplearon para persuadir á Jacinto, y los mejores que en realidad debieron usarse.

Para entusiasmar como para hacer ceda el entusiasmo y se consiga en todos los casos el efecto que se persigue, es condicion precisa y de gran fuerza, conocer el carácter, el temperamento y las aficiones del interesado y darse buena maña y demostrar pulso sereno en tocar los resortes que abran las puertas al éxito calculado, del fin propuesto.

Una mañana del mes de Octubre de 1872, Jacinto salió antes de amanecer, de su casa para incorporarse á la faccion que capitaneaba el cabecilla Cucala.

Ni el pobre tio Lesmes ni la buena Juana, se apercibieron de lo que el jóven pretendia, pues como era natural, este procuró revestir al asunto de cuantas precauciones le indicaron para que ni sospechado fuese.

Y así sucedió en efecto.

Juzguen nuestros lectores cual no serian la angustia y el sobresalto que se apoderáran del alma del honrado albañil y de la de su hacendosa hija, al saber, despues de algunas horas de incertidumbre horrible, el acto cometido por el hijo y el hermano.

Porque para un padre no hay faltas en sus hijos suficientes á merecer el castigo de olvidarles por completo.

Y Jacinto, aun apesar de su conducta tan criminal si se quiere, idolatraba á su padre y amaba entrañablemente á su hermana.

La mala educacion que tuvo desde niño, hija de las circunstancias, fué la causa del mal camino que emprendiera.....

Y ya con estos antecedentes, continuemos el capítulo.

V.

Durante el tiempo que nosotros hemos empleado en completar la causa de la preocupacion de Jacinto, este y su camarada habian dado buena cuenta del Monóvar y concluido de fumar el cigarro.

—¿Tomaste anoche la órden? — preguntó Peña á Herranz.

— Sí; pero antes de amanecer me llamó el capitán para variarla, — contestó el interpelado.

—¿Y en qué sentido?

— Se habia acordado primero que siguiéramos aquí de avanzada, para proteger un convoy de víveres que se espera, y que bajarían á reforzarnos cuatro compañías del 2.º de Navarra; mas á las cinco, como te he dicho, me citó el capitán Ondarriz á su despacho y me previno que á las ocho se tocaría llamada, pues nos vamos al Norte.

—¿Aun no se ha rendido Bilbao?

— A estas horas puede que sí, porque habia órden de redoblar el ataque, antes que Serrano obligara á nuestros valientes hermanos á levantar el sitio.

— Siempre habrá ahí tambien su *chanchullo*; pues parece mentira que despues de tanto tiempo y de tantos triunfos como se nos ha dicho se iban consiguiendo, estemos aun así. ¡Ni que se tratara de la toma de Constantinopla ó de Berlin! — exclamó Jacinto malhumorado y poniéndose en pié.

— Ten la lengua, chico, no vayan á oírte y nos cueste caro el decir lo que uno siente y como lo siente.

Herranz, imitando á su compañero, se levantó tambien.

Echáronse los fusiles á la espalda y entraron en el parador.

Pagaron el Monóvar consumido y salieron.

En aquel mismo instante, las cornetas comenzaron á tocar llamada y á la carrera.

Los sargentos, como movidos por un resorte y apenas oyeron el toque, la emprendieron como se ordenaba, sin dirigirse ni la más breve frase.

Cuatro minutos despues, cada cual ocupaba su puesto en sus filas.

VI.

El horizonte continuaba cubierto de nubes.

La brisa era apenas perceptible y la temperatura tan suave que hacia temer la lluvia.

El destacamento carlista, apenas trascurridos diez minutos desde el toque de llamada salia al camino, tomando la direccion de Estella.

Los carlistas hacian mil comentarios por esta contramarcha y por abandonar un punto que les costara algunas horas de fuego su posesion y sin que hubiese pasado el convoy que se esperaba.

El rumor de que iban al Norte como refuerzo, no les halagaba mucho ciertamente.

Pero en este mundo, en todo, y más aun tratándose de asuntos militares, el que manda, manda.

No llevarian andando un cuarto de hora, cuando empezó á llover.

Era el agua menuda; pero el aspecto del cielo, hacia temer fuese la lluvia de duracion.

La órden de paso largo, corrió de boca en boca, y el destacamento marchaba de prisa y en el más completo silencio.

Jacinto y Herranz iban contentos.

— Bien nos mojamos, — se decian por el camino; — pero cuando poco, veremos á Juana.

Media hora despues entraban en Estella.

CAPÍTULO II.

Fusilamiento de dos voluntarios.—Una órden general al ejército.—El sargento Perales.—
Empresa difícil.—De camino.

I.

Continúa lloviendo y el cielo triste.

Sin duda las nubes tenian conocimiento del drama que iba á tener lugar en las afueras de Estella y lloraban el desenlace.

Porque la inesperada concentracion del destacamento que hemos encontrado á los alrededores del parador de la *Independencia* y al que pertenecian el jocosos sargento Herranz y el taciturno sargento Peña, reconocia por causa la de que á las nueve y media de la mañana de aquel dia, habrian de ser pasados por las armas dos infelices voluntarios, naturales y vecinos de La Guardia.

Horribles consecuencias de esas luchas fratricidas en que los hermanos en la Patria, los que han visto la luz bajo un mismo cielo, acaso bajo un mismo hogar, se juzgan y tratan como á mortales enemigos.

Por eso el cielo estaba sin duda tan triste y las nubes lloraban anticipándose.

Crímen bien pequeño habian cometido los infortunados liberales para una expiacion tan grande. Que no es crimen ciertamente, rendir culto santo y entusiasta á una idea y no ser afortunado en su defensa.

Falta bien insignificante era, para un castigo tan superior. Que no es falta tampoco oponer á unas opiniones otras opiniones y salir vencido en la lucha.

Delito bien leve fué, para imponerles pena de la vida en descargo. Que no es delito, ni mucho menos, presentar un estandarte frente por frente á otro, y sostenerle con dignidad y nobleza hasta caer prisionero.

Si pues ni es delito, ni falta, ni crimen, ¿á qué tan inicuo acto como el fusilamiento?

No se matan las ideas, porque sean pasados por las armas sus partidarios, nó; como no dejan de iluminar los rayos del Sol, porque las nubes les oculten á la tierra.

.

II.

Dispénsanos, lector, si contra nuestro carácter y propósito, íbamos apartándonos del pensamiento que constituye la esencia de este Episodio.

Es la fatal hora llegada.

Apenas el destacamento entró en la plaza, un ayudante del Gobernador militar dió órdenes al jefe de aquel, á virtud de las cuales la fuerza volvió á desandar lo andado hasta las puertas de la ciudad.

Por distinto camino se encontraron en ellas dos compañías del quinto navarro y juntas unas y otras, formaron el cuadro á unos trescientos metros de la muralla.

Un cuarto de hora despues llegaba la triste comitiva que cerraban los llamados REOS.

Quisiéramos contar con calma suficiente en nuestra imaginacion y con pulso sereno al mandar la pluma, para poder describir tan horrible ceremonia con todos sus detalles; á fin de que aquellos de nuestros lectores que no hayan presenciado ninguna ejecucion de pena capital, conociendo lo desgarrador é inhumano del acto, no

abrigaran jamás deseos de verla. Pero la imaginacion se nos estravió, el pulso nos tiembla y no podemos empezar.

Terminemos, por lo tanto.

Cinco minutos despues, los dos liberales de La Guardia... ya no existian !...

Así, dicen, lo exigen las leyes de la guerra. Sea : pero protestamos con toda la energía de nuestra alma contra leyes tales.

.

III.

Es la tarde del dia 1.º de Mayo siguiente.

Las tropas liberales acantonadas en Peña-Plata, se hallan en la plaza formando el cuadro.

Las cinco señala el reloj de la Iglesia.

Apenas el viento se llevó el último eco de la quinta campanada la corneta del de órdenes tocó atencion y firmes.

Los jefes y oficiales ocuparon sus puestos, terciaron las armas los soldados y un teniente del Estado Mayor de plazas, leyó la siguiente

« Orden general del ejército del 1.º de Mayo de 1874.

» Abandonadas las posiciones que el enemigo habia esmeradamente fortificado por espacio de tres meses, en virtud de las brillantes cuanto entendidas maniobras ejecutadas por el bizarro y sufrido ejército del Norte; batidas las huestes carlistas hasta arrojarlas á la derecha del Nervion; libertada la invicta Bilbao, y vencedores nuestros soldados en la estensa línea con tanta tenacidad defendida; os ofrezco ese modelo de disciplina, de valor y de constancia, que, salvando las patrias libertades, enaltece el nombre del ejército, que ha vuelto á colócarse en esta gloriosa campaña á la altura de sus mejores tiempos.

» Aprovechad este momento solemne y secundad el impulso que de aquellos bravos recibís. Guerra sin tregua ni descanso á los enemigos que halleis á vuestro frente; multiplicaos y acometedlos con la infatigable bizarría desplegada en los montes de Vizcaya, y sed como vuestros heróicos compañeros, esperanza de la patria y noble remedio de sus males.

» Así os lo manda, así os lo ruega, en nombre del generoso pue-

blo español, vuestro General, Ministro de la Guerra, *Juan de Zavala.* »

Terminada la lectura, el brigadier gobernador de la plaza, exclamó dirigiéndose á la fuerza :

— Soldados : ¡ Viva la Nacion Española ! ¡ Viva el ejército y la marina !

Las tropas contestaron á estos ¡ vivas ! con señaladas muestras de entusiasmo.

Descansaron las armas y breves momentos despues, se mandó á derecha é izquierda hasta nueva órden.

Cada cual tomó entonces la determinacion que más le agradaba ó convenia.

No hay regla sin escepcion ; pues como aquel que espera la llegada de otro, se hallaba frente á la casa-ayuntamiento un oficial, aun sin envainar su espada.

A los dos minutos, se le acercó un sargento primero, quien despues del saludo correspondiente, le dijo :

— A la órden de V., mi capitan.

— El comandante Arenas estará en la prevencion ; preséntese V. á él y dígame que es el sargento de la cuarta que va enviado por el capitan Mendiola. Con lo que ocurra y cuando pueda, búsqieme V., que le necesito.

— Está bien. ¿ Puedo retirarme ?

— Desde luego.

— A la órden de V.

Y el sargento Perales, que así se llamaba, se dirigió á la casa de la villa, donde se habia instalado la prevencion, al lado del cuarto de banderas.

IV.

Era el primero de la cuarta uno de esos militares á quienes no se puede negar el valor ni la prudencia, el celo ni la energía. Uno de esos militares respetados de sus subalternos y queridos de sus jefes, por su exactitud, su inteligencia, su entereza, su tacto y su justificacion.

Hombre de obras más que de palabras y activo como pocos, ni se le hacia una observacion dos veces, ni menos él precisaba repetir las advertencias á los soldados de su compañía.

Sentian más estos que el sargento Perales se disgustara, que si á ellos se les impusieran quince dias de imaginaria.

Era, como ya hemos dicho, querido de unos y respetado de otros; los dos títulos que más pueden satisfacer á un hombre pundonoroso.

En cuanto á su físico, bastará que extractemos su filiacion, que dice: color moreno, nariz aguileña, negros ojos, barba poca, boca pequeña, pelo castaño oscuro, estatura regular: en fin, todo un buen tipo. Esto último no lo dice la filiacion; pero lo decimos nosotros y con nosotros cuantas muchachas tienen el gusto de verle, y tanto monta.

Tiene cumplidos los veinticinco años de edad, y lleva en el ejército el pico de los veinte, á virtud de lo adversa que le fué la fortuna el dia del sorteo.

De padres pobres y honrados á carta cabal, nació en Arévalo, de cuyo término municipal no salió sino para su ingreso en la caja de quintos de Avila.

Su carácter dócil y aplicado, le permitieron adquirir con ventajas sobre otros y en sus primeros años, los más esenciales rudimentos de instruccion pública.

A los catorce años dejó de asistir á la escuela y sus padres, complaciendo los deseos de Fermin, (tal era su nombre), le encomendaron á uno de los mejores maestros sastres de la poblacion.

Y en casa de este mismo trabajaba el dia que la suerte le obligó á cambiar la aguja por el fusil.

Ganaba doce reales de jornal y era el orgullo de sus padres, el brazo derecho de su maestro, la envidia de los vecinos y el niño mimado de las muchachas casaderas, y de las *mamás* en estado de canuto, léase en estado de suegras.

Esto basta para formar una reputacion en todas partes; más aun en los pueblos, que, como en Arévalo, se sabe y se divulga no ya solo lo cierto, sino que tambien lo prematuro.

Fermin Perales era, pues, lo que se dice un buen chico y un chico bueno: cosas que aunque parecen idénticas en el sentido, representan, ó al menos nosotros intentamos representen, dos distintas acepciones.

Tales son los antecedentes biográficos que conocemos de nuestro protagonista, hasta el dia de su ingreso en el servicio.

Y como ya sale de la prevencion de recibir las órdenes de su comandante, segun se le habia mandado y exija la marcha de los sucesos que le acompañemos al alojamiento del capitan, aplazamos para

otra ocasion el término de los detalles referentes á su vida como hijo de Marte.

V.

Una vez á la puerta del despacho de Mendiola, preguntó Perales:

— ¿Dá V. su permiso ?

— Adelante, — contestó el oficial.

— A la órden de V., mi capitan, — repuso con la mayor cortesía sargento.

— ¿Qué hay? — interrogó secamente aquel.

— Si V....

Y como si en la timidez que revelaban las dos palabras cortadas del primero, comprendiese Mendiola todo el alcance de los suspensivos, le alentó á que se esplicase diciéndole:

— Le indiqué á V. que le necesitaba despues que recibiera las órdenes del comandante, porque suponía el encargo que á su buen criterio, á la nobleza de su carácter y á su reconocida dignidad, habia de ser confiado. Hable V., pues, como si lo hiciera ante el mejor de sus amigos. No es el capitan de su compañía el que le escucha; es su camarada. No es tampoco á un subordinado al que interpele, sino á un hermano. Las prescripciones de la ordenanza, no rigen desde aquel umbral aquí: los deberes de la disciplina quedan en suspenso mediante el apretón de manos que de V. solicito.

Y haciendo seguir la accion á la frase, Mendiola tendió al primero su mano derecha, que este se apresuró á estrechar entre la suya.

— Siéntese V. y ya le escucho, — añadió el capitan sin dar tiempo á Perales á que pensara en otra cosa que en obedecer á quien para él, no habia perdido aun el carácter de jefe.

A una distancia respetuosa, pues ya hemos calificado de comedido y atento á nuestro protagonista, hizo lo que se le mandaba y narró su entrevista con el comandante de la manera que van á conocer los lectores de este episodio.

— « Ya habrá V. visto por la órden general al ejército del general en jefe y ministro de la guerra, leida esta tarde, que nuestros valientes y sufridos compañeros han logrado libertar á la invicta villa de Bilbao del dominio de los carlistas. Es, pues, llegada la hora de que cuantos no hemos tenido la suerte de acompañar á

aquellos en su gloriosa empresa, respondamos con hechos parecidos á su patriótico, entusiasta y noble proceder. Por noticias de referencia que me han sido comunicadas confidencialmente y por informes estraoficiales que yo procuré adquirir, tengo casi el convencimiento, y no lo tome V. á adulacion, de que es V. una de las clases más dignas y pundonorosas del ejército del Norte. Ni criterio le falta, ni está en dotes de inteligencia, dignidad y valor, escaso; y como hombres de sus condiciones son los que se precisan para realizar empresas de cierto género, siempre arriesgadas, el consejo de jefes y oficiales de la columna y por indicacion de su ilustrado y noble capitan señor Mendiola, ha acordado confiar á V. la que juzga necesaria en estos momentos. Como á unas tres leguas de este pueblo y camino de Pamplona, tienen los enemigos establecido un destacamento en situacion estratégica en extremo favorable al que le ocupe, y desde cuyo sitio piensa proteger un importante convoy de municiones de boca y guerra que viene á Estella destinado. Seria accion laudable y de importancia para nosotros, impedir que ese convoy llegue á manos de los facciosos. La empresa, primero, es arriesgada por las condiciones del terreno á ellos favorable á las que hay que añadir la proteccion que hallan en el dueño del parador de *La Independencia*, único punto de ataque posible en un principio y cuya subida es comprometida por encontrarse en el vértice de un ángulo de trincheras y parapetos que bordan el ala derecha del camino, pues la izquierda es un terrible despeñadero casi perpendicular y de muy cerca de treinta metros de altura erizado de peñas, punto menos que cortadas á pico. Si V. se atreve á responder á la confianza que su capitan nos ha hecho concebir, yo, en representacion del consejo de jefes y oficiales y en nombre del general de la division, ofrezco á V. cuantos medios estime en su buen juicio necesarios al efecto: hombres, dinero, autoridad, facultades estraordinarias, todo, en fin.»

—Y V. Perales, ¿qué ha contestado?—le interrumpió demostrando viva impaciencia Mendiola.

—Yo, mi capitan, bastaba que V. hubiese tomado la iniciativa, para que desde luego aceptase la responsabilidad de la empresa. Una vida tengo y ella es toda de mi patria representada aquí por mis queridos jefes. Soldado, voy donde quiera que hay peligro y donde se me ordena.

—¿Puso V. condiciones?

—Una sola, mi capitan.

—¿Podria saberla?

— ¿Podría ocultársela á V. ? pregunto yo.

— Gracias, Perales. Y ¿cuál es ?

— La de que si en el desempeño de la mision que se me confia, la fortuna me es adversa y muero, que se acuerde V., que se acuerde mi comandante, que se acuerde el consejo de jefes y oficiales y se acuerde, en fin, el general, que allá en mi pueblo, en Arévalo. hay dos ancianos, mis padres, que estimaria mucho no se les olvidara.

— Dignísimo proceder: noble conducta; plausible advertencia, — objetó el capitan, mientras tendia de nuevo su mano á Perales, que este aceptó poniéndose en pié.

Reinaron unos instantes de silencio.

— No me equivocaba, — dijo el oficial y como hablando consigo mismo.

Levantóse despues todo conmovido y pareciéndole pequeña la demostracion de aprecio que representaba el apretón de manos, le tendió los brazos arrojándose uno en los del otro, con profunda emocion; emocion que se encargaron de revelar dos lágrimas que rodaron por las mejillas del capitan y del sargento.

La habitacion volvió á quedar silenciosa y como si en ella no hubiese persona alguna.

VI.

Despues de la escena anterior, no se ocuparon Mendiola y Perales, sino de los preparativos más oportunos al objeto de preparar la marcha que habria de realizar el sargento al amanecer del dia siguiente y al frente de cuarenta soldados de los de su compañía. Y como nada de particular se tratara en ellos que merezca ser conocido, hacemos gracia á nuestros lectores de su descripcion.

Aunque el número de hombres que se le confiaba era superior á su categoria, el comandante aprobó desde luego la escepcion del caso, por indicar el valiente y pundonoroso Fermin, que ese número de hombres juzgaba preciso, por lo arriesgado de la empresa.

Bueno es que advirtamos aquí que, segun confidencias tenidas aquella misma noche, el convoy consistia en tres carros con armas, víveres y dinero y que venia custodiado por cincuenta ó sesenta infantes.

Prévia la vénia del capitan retiróse el sargento, volviendo á la comandancia á recibir órdenes y dinero.

En su poder unas y otro, regresó á su alojamiento y llamando á su asistente conocido por el mote de *Calandria*, le dijo:

— La cena al punto; y mientras yo hago un poco por la vida, avisas á los muchachos cuyos nombres van en esa lista, advirtiéndoles quedo esperándoles.

Tomó Calandria el papel, le dobló, le guardó en el bolsillo preguntando á Perales:

— ¿ Vienen armados, mi primero?

— Ahora no es preciso: lo que urge es que vengan inmediatamente.

— Está bien. Voy á servir á V. la cena y enseguida iré á llamar á los chicos.

Y diciendo y haciendo Calandria, salió á cumplir el encargo del sargento.

A la media hora, entraban en el alojamiento de Perales el último de los cuarenta de la lista y el asistente. Aquel puso á sus soldados al corriente de lo que se trataba, mostrándose satisfechos de haber sido honrados con la confianza de su primero.

Este salió, no sin que antes diera orden á Calandria de que diese un vaso de vino á cada muchacho.

Diez minutos despues entraba en casa del capitán á quien dió cuenta de haber preparado ya la gente y resuelto salir á las cuatro y media de la mañana siguiente.

Un abrazo y un apretón de manos fueron el ¡ adios! de despedida.

Y así todo dispuesto, Perales volvióse á descansar, pues bien lo habia menester.

A la hora señalada salieron en medio del mayor silencio el primero y sus cuarenta soldados, de Peña-Plata, en direccion al camino de Estella.

CAPÍTULO III.

En Córtes de Arenoso.—Juana.—El tío Lesmes.—Una carta de Herranz.

I.

Dejemos á nuestro protagonista por un capítulo; pues mientras él realiza la empresa que se le habia confiado y él aceptó gustoso,

otros personajes y el mejor orden de este Episodio, nos obligan á trasladarnos del Norte al Levante.

Estamos, pues, en Córtes de Arenoso.

Córtes de Arenoso, segun recordarán nuestros lectores, es el pueblo en que nació Jacinto, el sargento carlista que hemos conocido en el parador de la Independencia.

El vecindario es reducido y como uno de los que componen la comarca del Maestrazgo, de terreno escabroso y clima desigual.

En la guerra civil de los siete años, como se conoce por toda España á la del 33 al 40, tambien el nombre del pueblo de Córtes figuró un tanto, como lugar de accion.

Las condiciones estratégicas en que se halla situado, son de las más escelentes para esa clase de lucha de guerrillas que constituye el carácter peculiar de los levantamientos en nuestra patria.

El Maestrazgo como las Provincias Vascongadas, el Alto Aragon y Cataluña, son las regiones de España que, por decirlo así, tienen el triste privilegio de ser teatro de la guerra, en todas nuestras insurrecciones ó en su mayor parte.

Cuando el rebelde no es del país, á él acude como á terreno más apropósito en el que equilibrar en lo posible los otros mil medios que el poder tiene en su mano, para combatir á aquel.

Y ¡qué consecuencias más desastrosas tienen las comarcas que se hallan en buenas condiciones de guerra, mientras esta dura y aun algun tiempo despues de haberse terminado!

Si el espíritu que en ellas reina es simpático á la causa que inicia y efectúa el movimiento, sufre vejaciones de ambas partes, y á ambas tiene que complacer en lo dable, si bien con mejor ó peor voluntad.

Si es contrario, véense obligadas á volver la oracion por pasiva, como suele decirse, y tambien á las dos partes han de prestar los auxilios que más justa ó injustamente se las reclama.

De manera que siempre resultan perjudicados los pueblos en que la guerra se localiza.

Y lo que más apena nuestra alma á la vista de todo esto, es que las luchas emprendidas, lo sean entre hermanos; entre hijos de una misma nación.

Cuando la guerra reconoce por fundamento una ofensa estraña que exige reparacion á toda costa, ó el deber de rechazar una invasion, bueno que entonces todos formemos en estrecho y apretado haz y volvamos por los fueros del honor hollados, aunque ello nos demande el sacrificio de nuestras haciendas y de nuestras vidas.

Siempre será triste espectáculo dirimir, en estos tiempos de civilización, las contiendas, como se dirimían en los tiempos del oscurantismo: pero si las gestiones de la fuerza de la razón no bastaran, disculpable es que se apele á la razón de la fuerza. Pero que rencillas, ambiciones, egoismos de hermanos, siembren el luto y la desolación por valles y montes, por pueblos y capitales, lo decimos con pena, pero con pena amarga y profunda, nos llena el alma de agonía y tiñe la vergüenza nuestro rostro.

¡ Dios haga porque la felizmente concluida en la primavera del 1876, sea la última guerra civil que manche las honrosas y gloriosísimas páginas de la Historia de España.

.

II.

Estamos en Córtes de Arenoso, como hemos dicho.

Es el día 12 de Mayo.

Han pasado, pues, diez desde el en que Perales salió de Peña-Plata con la árdua empresa de atacar la escolta del convoy que había de pasar por el parador de la Independencia y en derechura á Estella.

Deliciosa es la mañana de ese día, como lo son todas las del mes de las flores.

Agradable es la brisa que alegre besa á las plantas en sus tallos y hojas, á las flores en sus matices y al hombre en la frente.

Y avaro el astro del día, se apresta á reemplazar á la brisa en sus caricias á la Naturaleza toda.

Los vecinos de Córtes de Arenoso se hallan entregados á sus habituales ocupaciones, ganándose de esta manera honrosa el pan de cada día.

Todo es satisfacción en el pueblo.

Pero dijimos mal.

No en todas las casas se trabaja, ni todos los habitantes de Córtes se consideran contentos.

En la del tío Lesmes (a) *Requeson*, huelga éste y llora su hija Juana.

Antes de saber la causa del llanto de la hija y la que al padre retiene en su hogar, juzgamos preciso les conozcan primero nuestros lectores.

Vamos, pues, á describirlos.

Y como la vida es una série de contrastes, dispénsennos nuestros lectores si al describir á Juana cambiamos de tono.

Se nos antoja adoptar el estilo festivo, para que el cuadro resulte con más variedad.

Y ciertamente que la figura exige de nosotros una descripción que llame hácia ella toda la atención de los lectores.

III.

Porque los lectores no saben lo que es bueno; ó más claro y para evitar dudas, que ignoran quién es Juana, la muchacha más bonita, más honesta y más codiciada por cuantos mozos no han rendido aun su corazón y su cabeza á la coyunda matrimonial en el pueblo de Córtes de Arenoso.

Si su cara es más que suficiente á inspirar simpatías primero y cariño más tarde á cuantos hijos de Adán fijan en ella sus ojos, sus condiciones económicas, como diría un editor de novela por cuadernos, y sus condiciones políticas, como diríase de un hombre público, vienen á completar el cuadro de los atractivos de Juana, y á hacer más excelente su hoja de servicios y méritos.

Aquella frente estensa, pues no quieren mezclar en ella sus besos el candor y la hermosura, la gracia y la inteligencia, que se tienen señalados y distribuidos puntos diferentes para sus caricias:

Aquellos ojos grandes, como la voluntad de Dios, que dice el vulgo; rasgados, como los pantalones del chico de mi vecina; siempre despidiendo miradas que hacen blanco siempre en mitad del corazón; refulgentes y vivos, cual si dentro de ellos tuviesen establecida las estrellas y el sol, una sucursal de fuego y de luz:

Aquellas cejas negras, muy negras y pobladas, muy pobladas:

Aquella nariz que ni dibujada por Murillo saliera más perfectamente concluida:

Aquella boca guarnecida y atrincherada con blancos y menudos trozos de coral, como punto estratégico en posición la más apropiada para la defensa:

Aquella barba tan incitante como graciosa:

Aquellas mejillas sonrosadas á veces por el rubor y pálidas á veces por el pesar, el dolor ó el miedo:

Aquellos lábios, á los que no parece sino que acude á surtirse de sus colores el carmin :

Aquel cuello, suficiente, de ser imitado en sus detalles y conjunto, de acreditar al artista más ramplon :

Aquel talle tan esbelto y elegante y que medía ese término aceptable entre la cuarta y el metro de cintura :

Aquellos brazos tan torneados y perfectos, que gusto daba mirarlos sin mangas ni tules :

Aquellas manos alabastrinas y laboriosas, que lo mismo concluían el bordado más difícil que dirijian la escoba por el pavimento más reaccionario á la limpieza ; que con igual acierto manejaban la plancha para sus enaguas de picos, que distribuían las especies en el guisado más empalagoso y para el estómago más exigente ; que lo mismo cortaban un patron de chaleco para su padre, que un corpiño y un túnico para la más melindrosa señorita ; que lo mismo sacudían el polvo á las sillas de la sala de recibir, que á las gallinas y aun á los gatos, que sin prévio permiso de Juana, tomaban por asalto las habitaciones de reserva ; que lo mismo tejían sus propias trenzas que las de vecinas.

Y ¡ qué trenzas las de Juana, lectores apreciables !

Ya se las dejase caer sobre las espaldas, tejidas á cuatro, negras como las cejas que velan sus grandes ojos, sedosas y brillantes, siempre tan peinaditas ; ya cubriesen la cabeza erguida en rodete circular, prendido con arte y maña, de una y otra manera, la servían de adorno tal y tan modesto, que no podía exigirse más de la sencillez.

Aunque á ninguno de ustedes, hijos del inocente Adan, y á ninguna de ustedes, hijas de la caprichosa Eva, se les ha ocurrido preguntarme por la edad de Juana, cumple á mi intencion y mi deber exige manifestarlo en público, que la flor más galana de Córtes de Arenoso, há solo veinte años que vino al mundo, para desazones de los viejos y para esperanza de los muchachos del pueblo referido.

Y como ninguna moza á los veinte años, y menos si en su palmito hay algo de gracia y otro poco de salero, puede resistir los embates y sacudidas del corazon, al cabo y al fin de humana criatura que siente, quiere y se mueve, Juana tenía tambien su cachito de novio, escogido entre los innumerables que la presentaron solicitud en súplica de amores.

La gota de agua horada la peña ; y la apasionada manifestacion de cariño, incesante y profunda, se abre tambien su hueco en el alma que persigue, como se rinde á la corta ó la larga la más artilla-

da y provista fortaleza si el cerco es obstinado y el enemigo no es impaciente.

Conste, pues, que Juana es jóven, bonita, muy mujer de su casa y que tiene novio.

Pero ¡ ay ! que como no existe dicha completa en el mundo, el novio de la hija del tio Lesmes, se ve privado de contemplar las gracias de su prometida.

Porque el novio de tan buena muchacha, se halla en el servicio un año há.

Esto, como es natural, la contraría ; pero como tiene resignacion y mucha, no la mortifica tanto.

— Dios hará que vuelva con salud, — se dice Juana y así se tranquiliza y así brilla más claro el cielo de sus esperanzas.

Tal es la hermana del sargento carlista Herranz.

IV.

Como párrafo aparte y nos merece muchos respetos el tio Lesmes, vamos á volver al estilo sério, para dar á conocer á nuestros lectores al padre de la novia.

Honrado albañil, de vida muy trabajada y ya en el último período de su existencia, pues cuenta ya de años dos duros y catorce reales, viste su cabeza traje de nieve, y hay en su rostro bastantes arrugas.

Allá en su juventud, fué modelo de fuerzas y de buenos mozos.

Por eso al tocarle la bola negra en el sorteo, fué destinado á artillería rodada, en cuyo primer regimiento sirvió ocho años, dia por dia.

Su buena esposa, la señora Eustasia, há cuatro años que falleció.

No poco se resintió entonces la salud del infeliz tio Lesmes.

Y la huida de su hijo á la faccion, vino á aumentar el quebranto de su espíritu y á disminuir sus fuerzas y su vigor.

Por otra parte, el silencio guardado por Jacinto desde que se incorporó á la faccion Cucala, era un nuevo torcedor que iba minando poco á poco la existencia del anciano albañil.

Hacia ya unos dias que el tio Lesmes no se sentia bien : pero el en que le damos á conocer á nuestros lectores, su malestar era tan grande, que ni se sintió con fuerzas para ir á la obra.

De ahí que estuviese en casa, á pesar de ser hora del trabajo.

De ahí también porque Juana estaba triste en medio de la alegría de la naturaleza toda, la mañana del 12 de Mayo.

Que era su padre el único apoyo que en el mundo contaba.

V.

«Nunca es tarde si la dicha es buena,» dice el adagio y en el caso presente nada más cierto.

Se hallaba preparando la comida la hermana de Jacinto, pues las doce estaban al caer, cuando el cartero entró en el portal de la casa del tío Requeson gritando :

— ¡ Lesmes Herranz ; carta !

Imposible nos sería explicar el efecto que, así en el padre como en la hija, hicieron las palabras del peaton.

Como movido por un resorte, el pobre albañil se levantó de su asiento y presa de un estado de febril agitación, arrebató la carta de las manos á aquel, sin poder articular ni una sola frase.

Juana, más serena, hízose enseguida la consideración de si la carta vendría á ser un nuevo disgusto para su padre.

Porque si en aquellos momentos llegaba la noticia de la muerte de Jacinto, las consecuencias serían funestísimas seguramente.

El tío Lesmes, de nuevo en su asiento, fijó su débil mirada en el sobre y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

¡ Qué mundo de ideas y de pensamientos no cruzaría por la imaginación del anciano en tan críticos instantes !

Juana también sufría horriblemente.

Combatía su alma la duda, y es bien sabido que ésta causa á veces más daño que la misma realidad.

No se atrevía la jóven ni aun á ofrecerse á leerla.

Fijos los ojos en su padre, seguía con ellos todos sus movimientos.

Tres minutos habían pasado desde que el cartero diera la voz de alarma, y aun el infortunado albañil no había abierto la carta.

Por fin Juana, se atrevió á preguntar á aquel :

— ¿ La lee V. ó yo ?

— Tú ; — contestó de una manera seca el tío Lesmes.

Y se la entregó cerrada todavía.

Con el temor consiguiente y con el sobresalto que hicieron nacer sus dudas, la jóven rompió el sobre y desdoblado el pliego, leyó en voz alta lo que sigue :

VI.

« Peña-Plata, 6 de mayo de 1874.

» Mis queridos padre y hermana : Debo comenzar la presente pidiendo á ambos mil perdones por mi criminal conducta. Confieso que he dado pruebas de ser un hijo sin corazon y un hermano sin entrañas; pero es tan leal y sincera esta declaracion mia, como grande y firme es la esperanza que abrigo de que habrá de absolverme, así el uno como la otra.

» ¡ Ay, que si las cosas se hicieran dos veces, como suele decirse, no estaria yo en estas filas, á buen seguro !

» Pero á lo hecho pecho y Dios hará porque se arregle todo.

» Y paso á referirles mi situacion al presente.

» Reconcentrada la partida á que estoy agregado aquí en el Norte, fui con el sargento Peña, á quien ustedes ya conocen, destinado á formar parte del destacamento que habia de proteger la entrada de un convoy en Estella. Dos dias llevábamos de avanzadas en el parador de la Independencia y al tercero recibimos orden de volver á esta ciudad ignorando el motivo, pues aun nuestra mision no estaba cumplida.

» La pluma se dobla y se me tiembla el pulso cada vez que tengo que recordar por escrito el objeto para el que fuimos llamados á esta. Iban á fusilarse dos infelices padres de familia, honrados y buenos, y solo por el delito de ser voluntarios liberales de La Guardia y haber caido prisioneros, despues de una resistencia valerosa y digna de suerte mejor.

» Si V., padre mio y tú, querida hermana, no han visto fusilar á nadie, yo les ruego que no lo vean.

» ¡ Qué espectáculo más inhumano y horrible !

» ¡ Parece mentira que haya hombres que se gocen en presenciarse y hasta que crean cumplen con un deber, promoviendo escenas de esta índole !

» Soy sargento primero del quinto batallon castellano; y á la seccion que me está confiada en la compañía, tocóle formar á retaguardia de los tiradores.

» Renuncio á escribirles más detalles de un acto cuya dolorosa

impresion aun vive en mi alma, con la misma intensidad que en el primer momento adquirió.

» Paso, por consiguiente, á otra cosa.

» A la puesta del sol de aquel dia, 24 de abril último, volvimos á ocupar nuestras posiciones en el parador de la Independencia.

» El convoy se esperaba de un momento á otro.

» Preciso era, pues, una vigilancia esquisita por lo que pudiera ocurrir.

» Anteayer, ó sea el dia 4, el jefe de nuestro destacamento tuvo confidencias en las que le manifestaron que el convoy llegaría á la vista sobre las seis de aquella tarde.

» Redobláronse las precauciones y no hubo momento de reposo desde aquel momento.

» Yo fuí nombrado para la última hora, las cinco, á fin de con seis números y un corneta recorrer como avanzada y avisar al destacamento la presencia del convoy.

» Llegada la hora, salí con mi gente á relevar á Peña, un cuarto de legua distante del destacamento.

» Recibidos el santo y seña y demás instrucciones, esperaba tranquilo, ó la llegada del convoy, la de mi relevo ó cuanto pudiese ocurrir.

» Las cinco y media, poco más serían, cuando el ruido de una descarga cerrada, hecha, segun cálculos, á unos trescientos metros de distancia del sitio en que yo estaba, vino á indicarme que el enemigo no solo se hallaba en acecho, sino que se disponia á sostener una lucha.

» Concentré mis seis soldados y dí orden al corneta de que tocase llamada y á la carrera, pues yo no podia juiciosamente pensando, aventurarme á otra cosa.

» La descarga de los que se encontraban apostados, fué contestada por la escolta del convoy y bien pronto se generalizó el fuego entre ambos lados.

» Cuando llegaron las fuerzas del destacamento dí cuenta al capitán jefe de lo que yo podia únicamente manifestarle, y mandando paso ligero, desplegó dos guerrillas hácia el sitio de donde partian los disparos del enemigo.

» Dispuso que yo fuera al frente de una de ellas, y á la carrera.

» Cuando estuve á tiro, hice fuego que enseguida se nos contestó.

» Uno de mis soldados cayó atravesado por una bala y yo quedé fuera de combate, pues otra se me habia clavado en el hombro derecho.

» Quise continuar en mi puesto, pero era imposible.

» Sin poder manejar la carabina y faltándome las fuerzas por la sangre que iba perdiendo, caí desmayado.

» Desde aquel instante, no ví lo que pasó, y lo que sigue, se lo escribo por referencias. »

Juana suspendió la lectura para dar rienda suelta á las lágrimas, que llenaban sus ojos.

—¡ Pobre hijo mio !—exclamó el tio Lesmes, ahogando un suspiro y deshaciéndose en llanto.

Y ambos lloraron por espacio de cinco minutos.

Trascurridos estos, repuso el pobre anciano:

—Sigue, hija mia, sigue hasta el fin. Dios nos dé fuerzas.

Juana, obedeciendo, continuó la lectura.

« Cuando llegaron mis camaradas, fueron recibidos con otra descarga cerrada cargándoles apresuradamente á la bayoneta.

» Quedaron aquellos arrollados desde luego con pérdida del capitán y varios heridos más ó menos graves.

» La corneta seguía oyéndose y como si otras fuerzas esperaran de fresco.

» El convoy se hallaba detenido en mitad de la carretera, pues algunas mulas estaban muertas y otras heridas.

» Intimada la rendición, mis compañeros comprendiendo que toda resistencia era inútil, y alarmados con el continuo tocar de la corneta, diéronse prisioneros los veintidos hombres que resultaron útiles.

» Recogiéronseles las armas y fueron presentados al jefe enemigo.

» Era este un sargento primero llamado Fermin Perales; hombre tan valiente en la lucha como pundonoroso y compasivo en la victoria.

» Trató á los prisioneros con la mayor amabilidad dirigiéndoles palabras de consuelo y prestándoles cuantos auxilios reclamaban.

» Ordenó se recogieran los heridos y se trasladasen á los carros y que los muertos se enterraran.

» En esto llegó la noche.

» Brillaba en el cielo clara la luna como brillaban en la tierra las armas de los soldados.

» No se oían sino nuestros ayes y lamentos.

» Las nueve de la noche eran cuando recobré el conocimiento.

» Sin duda la intensidad del dolor hizo huir mi desmayo.

» Supe entonces por Peña, á quien encontré á mi lado, que la

sorpresa la habia realizado el sargento Perales y cuarenta soldados que tenia á sus órdenes.

» Nosotros éramos cincuenta y treinta más que venian custodiano el convoy.

» Peleamos dos contra uno y perdimos.

» Solo ocho hombres fuera de combate, tres muertos y cinco heridos, tuvo la avanzada enemiga.

» En cambio á nosotros nos causaron diez y seis muertos, veintisiete heridos y ocho contusos: tres mulas muertas y cinco heridas.

» La estratagema de seguir la corneta simulando llamar nuevas tropas, unido al arrojo temerario de aquel puñado de héroes, fué la causa de tan completa derrota.

» El sargento Perales marchaba á la cabeza y salió herido en una mano, pero levemente.

» Nos visitó á todos con la mayor solicitud.

» A las nueve y media emprendimos nuevamente la marcha, apartándonos de la carretera y tomando la direccion de Peña-Plata.

» Bien poco llevábamos andado, cuando un piquete de caballería llegó á nosotros.

» Venia acompañando á tres médicos, un capellan y varios camilleros y sanitarios.

» Entonces conocí al sargento Perales.

» Me tendió la mano diciendo:

» — Díguese V., compañero, estrecharla: es la misma que V. hirió: bien claramente lo ví.

» Y sin darme tiempo á que le contestara, añadió interrogándome:

» — ¿No es V. el sargento que mandaba la guerrilla de la derecha?

» — Sí, señor, — le contesté.

» — Vea V., pues, como no me he equivocado, — repuso.

» Tocaron alto y supe por Peña que se nos iba á hacer la primera cura por los médicos que Perales habia mandado venir.

» Practicada esta, se nos dió una copa de vino á los heridos y pan, y queso, y su correspondiente copa tambien á los demás prisioneros.

» Así tan generosamente atendidos, se nos indicó por nuestro vencedor que todos quedábamos en completa libertad de volver á nuestras filas; pero que si alguno se hallaba en contra su deseo y queria servir á la causa de la libertad, lo manifestara con franque-

za y sin temores, que el ejército de la Nación abría gustosos sus brazos para estrechar entre ellos á sus hermanos, siempre que fuesen nobles, honrados y pundonorosos.

» Peña y yo resolvimos de acuerdo con el teniente continuar como prisioneros, imitando nuestra conducta los demás, escepto seis, que desoyendo la escitacion franca del valiente Perales, nos abandonaron y se dirigieron á Estella.

» Aquí estoy, pues, en el hospital provisional curándome con la mayor solicitud.

» Todos los dias recibo las visitas del teniente, de Peña y del que fué jefe enemigo y hoy es estimado compañero.

» En mi próxima daré á ustedes otros detalles.

» Descuiden por mí, pues estoy bien y marchó á la convalecencia.

» Se me cansa el brazo herido y suspendo esta carta, ya larga en extremo.

» ¿Me perdona V., padre mio? Y tú Juana: ¿me perdonas tambien?

» Reciban ustedes un abrazo de

JACINTO. »

Acabada la lectura de la carta, exclamó llorando el tio Lesmes:]

— ¡Pobre hijo mio! Sí, te perdono. ¿Y como no, si soy su padre y él me lo ruega, prisionero y herido?

Juana se sentó al lado de aquel, diciéndole arrasados en lágrimas los ojos:

— No llore V., padre. Ya sabemos lo que le pasa y aunque dolorosa su situacion, debemos tener más tranquilidad que antes, viviendo entre dudas y cálculos horribles.

Enterados los vecinos de que el tio Requeson habia tenido carta del hijo, fueron á saber qué era de él y al propio tiempo, á consolar al afligido albañil y á su buena hija.

Dejémosles nosotros mientras dan suelta á los impulsos de su corazon, y sigamos el relato.

CAPÍTULO IV.

Recompensas merecidas. — Noble proceder. — Herranz y Perales con licencia temporal.

I.

Por la carta transcrita en el capítulo anterior, habrán podido apreciar nuestros lectores la manera que tuvo el bizarro sargento Perales de responder á la confianza en él depositada en el difícil hecho de copar el convoy carlista.

Quizá, y sin quizá, no falte quien atribuya á argumento fantástico la acción á que aludimos.

Nada más lejos de la verdad.

Pues en las guerras hay multitud de escenas aisladas que obtendrían la general admiración, si fuesen sabidas como saberse debieran.

La más estricta imparcialidad nos obliga á decir que actos cual el realizado por nuestro protagonista ha habido muchos, y no sólo de parte de los soldados del ejército español, sino de la de los del carlista.

Es justo, natural y lógico que así suceda, puesto que se trata en ambos lados de hijos de una madre comun, cuya historia es el asombro del mundo entero y la envidia de los extraños.

Lo que es de lamentar, lo que es de sentir, es que tanto valor se emplee en contra de hermanos.

Desconsoladora es la enseñanza que esas luchas fratricidas arrojan; tristes las consecuencias que traen; de gran valía las pérdidas que producen; mucho el luto que siembran; inmensa la ruina de que se acompañan.

Esto es lo sensible, esto es lo que contrista el ánimo, esto es lo que resiente al alma, esto es lo que destroza el corazón.

¡Cuánto mejor fuese que tanta sangre como se ha derramado no resultase en mengua del altivo, orgulloso y temible génio de los españoles, al fin todos hermanos, hijos al fin, tiranos é injustos, de una madre comun!

II.

Sabido por el general de la division el comportamiento de Pera-

les en la empresa arriesgadísima que se le encomendara, resolvió desde luego y sin perjuicio se le diesen las gracias en su nombre por medio de una orden del día, de la que se daría lectura al regimiento á fin de que sirviese de estímulo; que el coronel, jefe del mismo, le colocara ante aquel los galones de oficial graduado y que se instruyera el expediente de juicio contradictorio por si el hecho estaba dentro de las condiciones señaladas para que se le otorgase una cruz de San Fernando con la pension vitalicia de cuatro mil reales.

Promovióse, á iniciativa del capitán Mendiola, una suscripcion voluntaria entre los jefes, oficiales, clases é individuos de tropa del regimiento, con cuyos productos hacerle un obsequio como muestra de gratitud y reconocimiento por parte de sus camaradas.

Sabido esto por nuestro protagonista, indicó al capitán su deseo de que la suma que se recaudase se distribuyera por igual entre las familias de los tres soldados que resultaron muertos en su atrevida sorpresa, y que esto lo estimaría más seguramente que cuanto se hiciese en su beneficio personal.

Así se acordó vista la insistencia del héroe.

Y por lo que hacia relacion á su ascenso, manifestó que encontrándose herido en la mano derecha, que le impedía hasta su curacion ser útil, así en la oficina, como en el campo de batalla, fuera más conveniente para todos el que se le concediese una licencia temporal por tres meses, que le permitiera ir al pueblo y abrazar á sus padres.

Redactó al efecto una instancia respetuosa, que con informes favorables del capitán, del comandante y del coronel, se puso en manos del general.

III.

Ya sabemos, porque así lo confesaba Herranz en su carta, que Perales le visitaba todos los días.

En una de esas visitas aquel manifestó á éste que, encontrándose sumamente resentido de su herida, aun no cicatrizada, estimaría se le diera pasaporte para Córtes de Arenoso, donde al lado de su familia su restablecimiento seria más breve.

No creemos que necesitamos hacer grandes esfuerzos de argumentacion para que nuestros lectores comprendan la influencia, é influencia legítima por lo merecida, que Perales ejercia en el ánimo de sus jefes.

Descansando éstos en la dignidad, mesura, modestia y justifica-

cion de aquel, siempre consideraban atendibles las recomendaciones del sargento, pues constábase que pretensiones faltas de razon y exentas de mérito, no hallaron jamás eco ni apoyo en Perales.

Por tanto, al gestionar se resolviera favorablemente el deseo del hijo del tio Requeson, no hubo obstáculo alguno en acceder á él, y así se acordó.

IV.

Cuatro dias despues salieron de Peña-Plata Fermin Perales, con direccion á Arévalo, y Jacinto Herranz en derechura de Córtes de Arenoso.

CAPÍTULO V.

Medidas extremas. — Los agentes del carlismo en Roma. — Orden general de despedida de D. Alfonso.

I.

Han transcurrido cuatro meses desde que Perales marchó á Arévalo y Herranz á Córtes de Arenoso.

El cambio de gobierno habido en Madrid trajo como consecuencia natural en España el de generales y jefes de ejército, divisiones y brigadas.

Mientras los cabecillas carlistas no cesaban en sus actos de barbarie, que este es el verdadero nombre que merecen, y el que, aun con dolor, nos vemos precisados á dar.

Y ahí van las pruebas.

II.

Despues de varios destrozos causados en la línea férrea de Murcia, y de incendiar las estaciones de Pozo-Cañada y Agramunt y hecho pedazos las puertas, ventanas y el telégrafo de Hellin y soltar en la segunda de aquellas tres máquinas que chocaron con un tren especial, en el que venian tropas, y quemar unos sesenta vagones, el cabecilla Lozano dirigió á los jefes de las estaciones de Alicante y Murcia el siguiente aviso:

« Dios, patria y rey. — Ejército real del Centro. — Sexta brigada. »
 »En lo sucesivo todo empleado de la línea férrea, tanto de la estación como del movimiento, que se encuentre á una hora de dicha vía, despues de recibir los ausilios espirituales será pasado por las armas. Las estaciones, materiales y demás efectos serán completamente destrozados si circulan trenes. — Dios guarde á V. muchos años. — Alpera 17 de Setiembre de 1874. — El jefe de la brigada (firmado) *Miguel Lozano*. — Señor jefe de la estación de Alpera. — El capitán (firmado) *Pio Hernandez*.»

Disposiciones como la anterior no pueden menos de producir amarga pena en las almas nobles, que han de apreciar como altamente odiosas causas y defensores que así las propagan y se justifican.

Horribles consecuencias del fanatismo, que de tal modo ciega la razón y arrebatá todos los sentimientos elevados que puede y debe abrigar el corazón del hombre.

Con medidas y actos de este género, ni hay partido que pueda hacer prosélitos, ni tiene derecho á que la historia le disculpe.

Y como nuevo argumento en consonancia con el aviso anterior, vean nuestros lectores el que á continuación reproducimos, y acerca de cuya autenticidad no puede caber la menor duda :

« Ejército real del Centro. — Comandancia de Ulldecona. — El señor Gobernador militar de Vinaroz, con fecha 22 de los corrientes, me dice lo siguiente :

«Habiéndome ordenado S. A. R. el Sermo. Sr. Infante general en jefe, que á la mayor brevedad mande derribar todos los puentes que existen en la línea férrea, y teniendo que facultar á los comandantes de armas para que secunden los deseos de S. A. R., autorizo á V. para que tome noticias del número de los que haya en ese pueblo, y demás que V. crea conducentes, á fin de que lo más antes posible, se derriben los puentes desde esa villa hasta Tortosa, dándome V. cuenta de los pueblos y personal de cada uno que V. haya oficiado, y si han obedecido con puntualidad lo mandado, para dar cuenta á S. A. R., según me previene. — Dios guarde á V. muchos años. — Vinaroz 28 de Setiembre de 1874. — El coronel gobernador del distrito, *Joaquin Cabañé*. — Sr. Comandante de armas de Ulldecona. »

»En su consecuencia, procurará V. que á la mayor brevedad posible queden derribados de cuajo, minando sus muros, los puentes

de ese término municipal, dándome cuenta cada tres horas del estado en que se encuentre para poderlo hacer al Gobernador del distrito militar de Vinaroz, como me lo tiene ordenado, proporcionándose todo lo que al efecto necesite. — Dios guarde á V. muchos años. — Uldecona 29 de Setiembre de 1874. — El Comandante, *José Vita*. — Sr. Comandante de armas de Mas de Ubergue.

III.

No haremos comentarios respecto á los documentos transcritos, pues tal vez no faltaria quien exagerados los creyese.

Los lectores, con su buen juicio, nos relevarán de esta tarea.

Y como somos amantes de que cada cual quede en su puesto, no pedimos, ni pretendemos echar toda la culpa sobre los que en España se levantaron en armas, no. Que el movimiento ni aquí se inició, ni aquí tampoco tenia su superior preponderancia moral,

La carta de Roma que á continuacion reproducimos, como varias otras de Paris, Bayona, Nápoles y otros puntos que pudiéramos insertar, bien á las claras demuestra cuanto llevamos dicho.

Juzguen, sino, nuestros lectores de la carta aludida, que escribió á un periódico su corresponsal en la córte del Papa, y dice así:

«Habia la quèstura romana recibido noticias de ciertas reuniones de carácter sospechoso, que se celebraban en una casa de la via Marforio, núm. 109, último piso; fijó su atencion en estos hechos misteriosos, tomó sus notas, tendió sus redes, y adquirió enseguida el convencimiento de que se trataba de la formacion de una partida de carlistas que se preparaba á la Guerra Santa de España. Supo más; supo que en la noche del 13 de Octubre, año corriente, debia celebrarse en tal sitio la presentacion solemne de los nuevos reclutas á sus intrépidos jefes.

»Y cuando supo todo esto, esperó á que sonasen las ocho de la noche, y con un buen piquete de guardias de *publica sicurezza*, rodeó la casa sospechosa. Esto hecho, un inspector, con algunos guardias, subieron la escalera y llamaron á la puerta. Ni al primero ni al segundo golpe se dió respuesta.

»Al tercero, un poco más enérgico, una voz atiplada preguntó quién llamaba á tal hora, y aseguró que no habia en aquella casa persona alguna de las que allí habitaban. El inspector contestó que se trataba de entregar una carta urgente, y á esta frase entreabrieron la puerta. Un buen empellon hizo el resto, y al ruido que pro-

dujo la puerta chocando con una pared inmediata, los héroes de la fé acudieron en tumulto. Sus jefes les alentaban á la resistencia, pero la delicada atencion de los rewolvers municipales les hizo detenerse como por resorte.

»El espectáculo que se ofreció á la vista de los agentes de la autoridad fué verdaderamente cómico, hasta el punto de que algunos de ellos creyeron que se trataba de una burla irritante.

»Los campeones italianos del rey neto eran doce, pues el resto, hasta veintidos, faltó prudentemente á la cita. Todos eran romanos; los que hacian de capitan y abanderado habian ya servido en las filas del Terso, y eran los enviados *ad hoc* para la recluta, armamento y provision de dinero. El capitan, el abanderado y el sargento vestian uniforme completo, con la correspondiente cifra de C. VII.

»El armamento de que disponian era lucidísimo... por lo variado. Dagas de la guardia nacional en pésimo estado, que acusaban en el acto haber sido compradas á un *ferravecchio* (herrero de deshecho), dos espadines de gentilhombre de cardenal, un florete con la empuñadura de un machete, cuatro rewolvers, una pistola Hobert, dos bastones de estoque, y por fin de fiesta un cañoncito, con el que se ensayaban en el tiro al blanco.

»Hombres y armas fueron inmediatamente conducidos á la quèstura, y desde allí trasladados los primeros á las prisiones públicas.

»Cuando la policia entró, encontró sobre la mesa el siguiente documento, que copio con su ortografia :

« REAL EGÉRCITO
DEL CENTRO Y CATALUÑA.

—
ZUAVOS CARLISTAS.
—

(Auxilios).

»En virtud de las facultades que me estan conferidas por el Sermo. Sr. Infante general en gefe del Real Egército del Centro y Cataluña, concedo libre y seguro pasaporte á *Emilio Lottero*, *zuavo de este Batallon*, á fin de que pueda pasar á Roma en *USU de un més de LICENTIA temporal*. Las autoridades militares de los puntos por donde transite, le

darán el *auxilio* que necesite, así como *las justicias* le facilitaran, previos los requisitos prevenidos, el alojamiento y demas artículos *anatados* al margen.

»Cuartel general de Prats de Llusany, á once de Marzo de 1874.

»Ejército Real.
(L. S.)

El Comandante en jefe,
Augusto Wid.»

»Continuando al siguiente día sus pesquisas la autoridad, fueron descubiertos nuevos documentos, cartas, armas y un libro de actas de las sesiones del cónclave faccioso. En este libro, y entre otras no menos interesantes, se cuenta la siguiente acta del 4 de Octubre corriente.

»El señor Lottero pronunció algunas palabras, exhortando á todos, no solo á la union y fraternidad, sino tambien á la obediencia, etc., y abriga la esperanza de que el ardimiento de los voluntarios romanos no tendrá nunca término, y hará siempre brillar el valor, la confianza y la bravura que en pasados tiempos dieron tanta honra y renombre á las tropas pontificias.

.....
»Anuncia en seguida que las más distinguidas damas de la aristocracia romana están bordando una bandera.

»—¿Bandera tenemos?— se dijo la quèstura. Y acto seguido emprendió nuevas y nuevas pesquisas.

»Registróse la casa del señor Monari, donde están las oficinas de los veteranos pontificios, y la del señor Pellagalli, pariente de dos de los presos, y en ellas se encontraron tambien pistolas y machetes. Pero la quèstura suele oler bien dónde guisan, y de un salto se fué al *convento della Scala in Trastévere*, donde halló la bandera á que se referia el acta citada.

»Era, en efecto, toda una bandera española (por los colores), amarilla y encarnada, con un soberbio corazon sagrado (¡!), bordado ricamente y surmontado por la siguiente inscripcion en letras de oro: «¡Detente! ¡El corazon de Jesús es conmigo!» Sobre el corazon leíase tambien en letras de oro: «Voluntarios romanos. — V. Cárlos VII.»

»Los presos, despues de examinados, han sido conducidos *alle carceri Nuovi*, de donde asegura el corresponsal solo saldrán para el presidio.»

IV.

Mientras de la manera que indica la carta anterior los agentes del carlismo se ponian en ridículo allá en la capital del mundo católico, ambiciones personales de un lado y la falta de una cabeza suprema y un corazon lleno de energía de otro, trabajaban más que por cuenta de la causa por cuenta propia, en influir en el ánimo de don Carlos, sobradamente comprendido como débil y sin iniciativa propia, á que diese ocasion hasta para que su mismo hermano le abandonara y se retirase.

Buena prueba de la verdad de cuanto llevamos dicho es la siguiente

«*Orden general.*

»Gandesa 20 de Octubre de 1874.

»S. M. el rey, mi augusto hermano, por un real decreto de 9 de Agosto de este año, ha separado el ejército de Cataluña de el del Centro.

»Reconociendo que esta medida era, no solo contraria á los intereses de ambos ejércitos, sino que impedia todas sus operaciones militares y destruia los planes que tenia proyectados para acelerar el triunfo de nuestra causa, expuse al rey los grandes perjuicios que debia causar esta medida una vez puesta en ejecucion, y la imposibilidad en que me hallaria entonces de continuar al frente de vosotros.

»Tras cerca de dos meses de ansiedad, acabo de recibir de S. M. la autorizacion para ausentarme.

»Aunque verdaderamente afligido, debo partir, pero lo hago con la conciencia tranquila, puesto que he trabajado por la religion, por la patria y por la causa real. Venciendo las mayores dificultades, he organizado este ejército, separando de él los malos jefes para sustituirlos con otros, que el pais y el ejército conocian y estimaban, y he realizado importantes expediciones en *socorro* de las Provincias, donde aun no se habian visto las tropas carlistas.

»Esperando la resolucion del rey, no he podido en estos últimos tiempos trabajar con mi actividad acostumbrada, ni cortar por su

raiz ciertas intrigas, demasiado conocidas y tan perjudiciales á la causa.

»Con la autorizacion del rey me retiro á esperar el momento en que se consideren mis servicios útiles á la causa de Dios, de la patria y del rey, que he defendido desde el principio de la lucha y que defenderé siempre, en la confianza de que vosotros proseguireis la guerra con insistencia hasta el dia del triunfo, que Dios seguramente os concederá en recompensa de vuestros heróicos sacrificios.

»El infante general en jefe,

»*Alfonso de Borbon.*»

Ni una palabra de nuestra parte.

Meramente narradores en cuanto hace referencia á documentos como los que llevamos reproducidos, creemos nuestra mision cumplida dándolos á la estampa, en la espera de que los lectores y la historia harán los comentarios que en su juicio estimen más oportunos.

CAPÍTULO VI.

Alocucion del general Jovellar al ejército del Centro.— El brigadier La Guardia en Villahermosa.— Descripcion de esta villa.— La maestranza carlista establecida en la misma.— Documento curioso.

I.

Ya hemos dicho que el cambio de gobierno produjo el de generales en jefe de los ejércitos del Norte, Cataluña y Centro.

De este último fué relevado el general Pavía y sustituido por el general Jovellar.

Algunos dias pasados desde el de su nombramiento, dirigió fechada en Castellon de la Plana el 24 de Octubre, la siguiente

«*Orden general del ejército del Centro del 25 de Octubre 74.*

»Soldados del ejército del Centro:

»No os he dirigido todavía mi saludo de llegada; y es que retenido por atenciones de gobierno y direccion, exclusivamente de general, no habia podido compartir hasta ahora con vosotros la vida de soldado.

»Este breve período de tiempo, ha sido menos soportable para mi impaciencia que perdido para los progresos de la nueva organiza-

cion de la infantería, y sobre todo, para el satisfactorio principio de la presente campaña.

» Una faccion de 1,600 hombres, que por el vandalismo de su comportamiento en las prósperas riberas del Júcar y el Segura habia llegado á ser el terror de los pueblos valencianos y el escándalo de la nacion entera, destrozada en cuatro encuentros sucesivos por cuatro columnas diferentes de la segunda division, ha dejado de existir en quince días. Ni es esta la sola ventaja que en tan corto plazo podeis presentar como testimonio de la continuacion de los triunfos obtenidos bajo el mando de mis antecesores. Arrojada por vosotros la faccion Madrazo sobre las tropas de Castilla, vino á encontrar en manos de éstas casi la misma suerte que en las vuestras ha tenido la de Lozano. Con no menos fortuna han caido en vuestro poder los convoyes de Villalain, producto de sus constantes expoliaciones, y otras facciones perseguidas activamente en las montañas del Maestrazgo, cuando no son batidas, como en Castell de Cabres, deben únicamente su salvacion á la fuga.

» Lo que tenemos delante, ya lo sabeis por experiencia, son bandadas llenas de fanatismo, pero mal organizadas, sin instruccion ni disciplina, audaces solo por su número, en formidables posiciones, menos inclinadas siempre á la noble lucha que al botin, sin embargo de que se engalanan con el pomposo título de ejército real. La campaña, pues, que vamos á proseguir será acaso menos fecunda en brillantes glorias que en útiles servicios. No espereis, sino por escepcion, rudos combates. La destruccion de semejante enemigo, por poco que os plazca, dependerá más frecuentemente de la rapidez de vuestras marchas, de la constancia y de la resistencia á la fatiga que del brío de vuestro corazon.

» Le combatiremos, por consiguiente, como la necesidad lo exige. Preparaos á la más vigorosa persecucion y contad desde luego con que no ha de ser infecunda para la completa pacificacion de este vasto territorio. Testigo, en tanto, de vuestras probadas virtudes militares, que os hacen dignos de la gratitud del país, se complacerá en aprovechar toda ocasion de exponerlas á la consideracion y á la justicia del Gobierno, vuestro general en jefe, *Jovellar*.

» Castellon de la Plana 24 de Octubre de 1874.»

II.

Dada la conveniente organización á las fuerzas que constituían el ejército del Centro, según las indicaciones del nuevo general en jefe, al día siguiente de espedita la alocución que dejamos copiada, ó sea el 25, llegó el brigadier La Guardia á San Agustín de Olba donde sorprendió y cogió prisioneros á los tres facciosos que formaban la comandancia de armas del pueblo.

Siguió á Córtes de Arenoso donde pernoctó.

En dicho pueblo, la vanguardia de la brigada sorprendió dos compañías carlistas, causándoles 9 muertos y 25 prisioneros, cogiéndoles dos caballos, armas y efectos. La columna tuvo 1 muerto y 6 heridos.

El 27, cerca de Zucaina, alcanzó á la facción Merino, haciéndole 1 muerto y obligándola á retirarse á Villahermosa á donde la siguió la columna La Guardia, llegando á la una de la tarde á la vista del pueblo.

Obrando con prudencia el jefe carlista Escobera, abandonó la población al amanecer de dicho día, marchándose á Mosqueruela y llevándose 20 prisioneros de los que hizo la facción á su entrada en Cuenca, y además todo el material que pudo sacar.

Con objeto sin duda de proteger su retirada, trataron cuatro compañías carlistas de defender algunas ventajosas posiciones de las que les desalojó el fuego de artillería de la columna, ocupando ésta la población de Villahermosa.

III.

ES VILLAHERMOSA una villa de la provincia de Castellón que se levanta en medio de una colina del hondo que forman varios montes á la izquierda del río *Grande*.

Dista de la capital once leguas, al Noroeste.

Su clima, como libre de todos los vientos, es bastante destemplado, pero saludable en general, si bien á veces se padecen algunas inflamaciones y afecciones del pecho.

Cuenta sobre unas trescientas veinte casas.

Sus calles son regulares, pero tan pendientes que las puertas posteriores de aquellas, dan entrada al nivel de sus tejados.

El municipio tiene su casa concejil bastante espaciosa, y en ella, como ocurre en la mayor parte de los pueblos de España, está la cárcel.

Por cuestacion personal entre los vecinos, sostiene un hospital llamado de *San Julian*, en el que hay varias camas para los pobres de solemnidad sin amparo ni apoyo alguno.

En punto á instruccion se halla á regular altura, pues apesar de que su vecindario no escede de cuatrocientos vecinos, tiene dos escuelas, una de niños y otra de niñas, que se ven bastante concurridas, sobre todo en el invierno.

La iglesia parroquial está dedicada á la *Natividad de Nuestra Señora*.

Hay además para el culto, tres ermitas á corta distancia de la villa y otra á dos leguas y entre varias masías. Los titulares de ellas son *San Antonio Abad*, *Santa Lucía*, *El Calvario* y *San Bartolomé*.

En el centro de la plaza mayor vése una fuente antigua y vetusta, pero de aguas escelentes y de la que se surten los habitantes de la villa.

Cuenta en su rádio y en distintas direcciones, de ochenta á noventa masías, con huertos y tierras que riegan con las aguas de los rios y sus fuentes, pues cada masía tiene la suya respectiva.

Hácia el Norte se hallan los montes *El Carbó* y *Collado del Puerto*; el *Salvatierra* sirve de estribo á todos ellos y respalda el pueblo. Sobre este se levanta un picacho que descubre todas las avenidas de la villa y en él un castillejo derruido que habilitaron los carlistas en la anterior guerra civil, inutilizándole cuando las tropas les obligaron á evacuar la poblacion.

Al lado de este se ven los de *Peñagolosa* y el *La Hoz*, en los que existen unas minas de cobre gris, con bastante plata.

Los montes *Allis*, llamados así por su altura, se encuentran al Oeste, formando un lienzo de muralla vieja con sus pedazos de almenas.

Mirando al Sur y un poco más elevada que la villa, está una lengua de piedra denominada *La Muela*, á la cual los carlistas en la anterior guerra civil rodearon de murallas, que los vecinos demolieron despues. En su recinto habia dos casas particulares, el granero del duque de Villahermosa, el calvario y el *Via-Crucis*. Todos estos edificios fueron incendiados y demolidos cuando el castillejo del picacho de Salvatierra.

En esta Muela existió el antiguo pueblo de Villahermosa, que fué

quemado en la guerra de sucesion ; hoy está en ella el Cementerio de la iglesia.

Su terreno es escabrosísimo, arcilloso, ferruginoso y arenisco, apto para viñas y trigo, aunque delgado, teniendo en el hondo ó parte llana, buenas huertas regadas por los rios *Carbó* y *Grande ó de Villahermosa*.

Muchas y buenas fuentes brotan de su término.

Dichos rios corren de Norte á Sur ; el primero por el Este y el segundo por el Oeste de la poblacion, uniéndose á dos y media leguas de distancia al Sur de aquella.

Sobre dichos rios hay un puente en cada uno bastante sólido.

Los principales caminos conducen á Castellon, Osura y Aragon, de herradura un poco descuidados.

Produce trigo, cebada, maiz, vino, cáñamo, miel, cera, nueces, manzanas y otras frutas, legumbres y hortalizas ; mantiene ganado lanar, cabrió y vacuno ; abundante caza de conejos, liebres y perdices y buena pesca de barbos, truchas y anguilas. Tiene molinos harineros y bastantes tejedores de lienzo.

Esta poblacion estaba situada en lo antiguo sobre el cerro al abrigo de un fuerte castilló ; allí sufrió las vicisitudes comunes á los pueblos de Valencia, y en 1707 fué destruida por las tropas de Felipe V, que hacian una guerra de esterminio sobre el país. Al reedificarse bajó al sitio que hoy ocupa.

Mucho tiempo y en distintas ocasiones ocuparon los carlistas esta poblacion en la última guerra civil ; pero á mediados de 1840, cuando ésta tocaba á su término en el territorio valenciano, fué abandonada definitivamente, despues de incendiar y destruir el hospital y el castillo.

IV.

Grande es la importancia del hecho de haberse apoderado la brigada La Guardia de la maestranza carlista de Villahermosa, en la que la faccion tenia además, una fábrica de pólvora, un molino de salitre y una fábrica de cartuchos. Hé aquí algunos detalles de estos edificios.

Estaba situada la maestranza en el centro de la poblacion y habian utilizado para establecerla la casa-ayuntamiento, antiguo edificio que fué anteriormente iglesia y al que los carlistas unieron lá

plaza contigua, á la que colocaron un cobertizo de madera, el cual, á la entrada de las tropas, no estaba aun terminado.

La planta baja de la casa-ayuntamiento se habia dedicado á talleres de herrería, estableciendo en ella seis fraguas, que funcionaban desahogadamente y las máquinas y herramientas accesorias.

Bajo los cobertizos de la plazuela, estaba la fundicion con dos talleres de esta clase, habiendo montado en ella un cubilote y una rueda motriz, con su correspondiente árbol, dedicada á imprimir movimiento á varias máquinas que nuestras tropas encontraron ya destrozadas. En el interior del taller habia otros tres destinados al moldeo y preparacion de tierras, con un horno para cocer los moldes.

La parte alta del edificio contenia tres talleres, dedicados á carpintería, habiendo doce bancos de carpintero y hojalatero, con los útiles y herramientas necesarias; el segundo piso se habilitó para almacenes de madera, hierro, y acero.

Se habian practicado solo cinco ó seis fundiciones, por el temor de que llegaran las tropas liberales, y en cada una de aquellas obtenian 150 granadas, de las que eran inútiles más de la mitad. El hierro que empleaban procedia casi todo de la destrozada línea férrea de Tarragona, y algo debieron hacer en la recomposicion del armamento, pues se hallaron cañones de fusil, llaves, etc., etc.

Prometiéndoselas muy felices, hasta utilizaron un salto de agua de un batan abandonado, en la márgen del rio, para construir de planta su fábrica de pólvora, junto al molino harinero del que tomaron una parte y como á unos 300 metros del pueblo.

El salto de agua imprimia movimiento á una rueda de artesas que los facciosos construyeron y se comunicaba al interior á siete morteros.

Al abandonar la poblacion destrozaron esta fábrica; pero aunque en desórden y rotos, aun encontró la columna varios útiles de ella. Se estableció en julio último, bajo la direccion del polvorista valenciano Agustin Olmos, que la montó, produciendo cada dia de trabajo, dos quintales de pólvora.

Para responder al consumo de la fábrica anterior, montaron un molino de salitre en una casa de campo de las inmediaciones; pero un dia voló el molino y entonces le establecieron en la ermita de Santa Lucía, cerca de la citada fábrica de pólvora, con dos grandes muelas de piedra.

Como la *fábrica de cartuchos*, exigia un local espacioso y sólido por si sobrevenia algun accidente, creyeron el más en condi-

ciones el del antiguo hospital, hermoso y firme edificio que se levanta á la entrada de Villahermosa. Llegaron á fabricar en los últimos dias hasta 13,000 cartuchos diarios, y se hacian tambien cohetes, luces de bengala, espoletas para los proyectiles, huecos y otros varios objetos.

Al abandonar esta fábrica, dejaron en revuelta confusion, vainas, turquesas, pólvora, balas, papel, lingotes de plomo, máquinas, etc., etc.

Llegaron hasta acariciar la idea de establecer líneas telegráficas entre Villahermosa y Vistabella y aun proyectaron estenderla hasta Seo de Urgel. De ahí que en la maestranza se dedicasen á la fundicion de aisladores de telégrafos, habiendo encontrado nuestras tropas, dos aparatos completos, dos pilas, un manipulador, 128 rollos de alambre, 432 postes y muchos tornillos, tuercas, aisladores y otros objetos.

Las armas debieron llevárselas en la huida; pues la brigada al entrar, solo encontró algunos fusiles y escopetas inútiles, varios trabucos de larga fecha, cinco fusiles ingleses, tercerolas descompuestas, un fusil de parapeto, y pocas lanzas, sables y machetes. Su artillería constaba de dos cañones de bronce reventados, y tres de hierro de pequeño calibre.

Mas si tenian pocas armas en almacen, se conoce que desde Villahermosa, surtian de municiones á gran parte de los carlistas, no solo del Centro, sino de Cataluña y del Norte, pues el brigadier La Guardia recogió en dicha villa 59 quintales de pólvora de fusil, 12 de pólvora de cañon, 50,000 cartuchos para fusil rayado, 28,000 para fusil liso, 4,000 para carabina Remington, 1,000 para Berdan, 66 saquetes cargados para cañon de ocho centímetros, 85 botes metralla, 38 granadas esféricas y 118 granadas para cañon rayado de ocho centímetros. Además encontró é inutilizó asimismo, 150,000 cápsulas, 600 espoletas de granada, 150 de bomba, salchichas de mina, cohetes, bengalas, 1,000 obturadores, 6 sacos de vainas para cartuchos Remington y Berdan y varios otros efectos de larga y pesada enumeracion.

Todo estaba dispuesto en sus fundiciones para comenzar los trabajos; de tierra y carbon para moldear, tenian un depósito de 90 sacos; hasta 100 cajas de moldes de proyectil y 100 almas para granadas. En el taller de cartuchos, mucha cantidad de pólvora, papel, cola, pez griega, 34 lingotes de plomo, 10,000 balas hechas y en la salitrería, un gran depósito de carbon de piedra en panes.

Mucho más largo pudiera ser el inventario de lo recogido por la

columna La Guardia, si nos detuviéramos á referir el número y clase de las herramientas de herreros, carpinteros, hojalateros y otros oficios; pero el deseo de no hacer más larga esta relacion, nos lo veda.

V.

Como complemento á cuanto queda consignado referente á la maestranza carlista de Villahermosa, y como documento curioso, reproduciremos aquí el acta de la inauguracion del horno de fundicion de proyectiles y que entre otros cojió el brigadier mencionado. Dice así:

«REAL FUNDICION Y PARQUE DE VILLAHERMOSA. — *Artillería.* — En la villa de Villahermosa á veintitres de Setiembre de mil ochocientos setenta y cuatro, reunidos en dicha fundicion el Excelentísimo señor General intendente general D. Manuel Salvador Palacios; el señor comandante general de Artillería, D. Amado de Claver; don Rafael Herrera, auditor de guerra; D. Félix Ferrer, director de la fábrica; D. Valentin Ayllon, comisario de guerra; D. Pedro Piñanes, capitan ayudante del Excmo. Sr. General D. Tomás Fernando Moreno, cura párroco de S. E. y D. José Viciano, capitan de ejército agregado al cuerpo de Ingenieros. — Acompañados del muy ilustre Ayuntamiento y demás personas notables de la poblacion, marcharon á la Santa Iglesia, donde despues de celebrado el santo sacrificio de la misa, regresaron á bendecir é inaugurar el horno de fundiciones de proyectiles, montado en esta villa, llamado *María de las Nieves*, en justo tributo de admiracion hácia la augusta y serenísima Infanta: fundiéndose el primer dia, *ciento veinte granadas* de 0,80 centímetros corto para las piezas de montaña. — Y para que conste, se estendió la presente acta, que firman los señores expresados arriba.» — (*Siguen las firmas.*)

VI.

Volvamos, pues, á encontrar á nuestro protagonista, así como al tío Lesmes, á sus hijos Juana y el ex-sargento carlista Herranz.

Suspendamos por ahora los detalles geográfico-históricos, para continuar la novela.

Mas como esto exija párrafo aparte y capítulo nuevo, fuerza es cerrar los presentes, y así lo hacemos.

CAPÍTULO VII.

Por el camino. — Promesas amistosas. — Despedida. — El nuevo hijo pródigo.
Una carta de Peña.

I.

Dejamos al sargento Perales y á Herranz en el momento en que se disponian á hacer uso de las licencias temporales que se les habian concedido, al primero para Arévalo y al segundo para Córtes de Arenoso.

La circunstancia de tener que seguir el mismo camino hasta el pueblo de nuestro protagonista, motivó el acuerdo de marchar juntos, y así lo verificaron.

Salieron, pues, de Peña-Plata, al mismo tiempo que el sol del dia 12 de Mayo venia á prestar á la naturaleza la influencia benéfica de su calor y su luz.

Los pájaros cruzaban la atmósfera gorjeando alegremente.

Acaso con sus trinos saludarian el astro del dia.

O acaso tambien dirigieran sus saludos al arrojado Perales.

Reinaba una suave y blanda brisa.

El cielo vestia su mejor traje azul.

Nuestros personajes atravesaron varios campos hasta que se vieron en la carretera que habia de conducirlos á Vitoria.

Tenian por lo tanto que andar ocho ó diez horas á pié.

Apenas emprendieron el viaje, ó mejor dicho, apenas rebasaron las líneas de avanzadas, Herranz dijo á Perales, sacando su petaca:

— Vaya un cigarro, que dia tenemos para todo de aquí hasta que se ponga el sol.

— Verdaderamente, — contestó el sargento; — fumemos.

— Es un gran recurso el del tabaco: no sé como hay hombres que no fuman y que llaman vicio al fumar.

— Condicion humana, — repuso Perales mientras liaba el suyo. — Cuanto uno hace es virtud; cuanto hacen los demás y uno no, cualquiera que sea la causa que lo motive, se califica de vicio.

— Tiene V. razon.

Herranz encendió una cerilla brindando con ella á su compañero para que la usara antes.

— Está en buena mano: encienda V. Ya sabe que hay un refran que dice, que « cumplimientos entre soldados, son escusados »— objetó Perales.

El ex-sargento carlista se sonrió y dijo aplicando la cerilla á su cigarro :

— Pues sea.

Hubo unos instantes de silencio.

Los dos amigos continuaron andando y fumando.

Ya hemos dicho que el héroe de la sorpresa del convoy, era un hombre, si de mucha accion, de pocas palabras.

Si á esto añadimos el malestar que sentia por su herida de la mano, que aunque leve no dejaba por eso de incomodarle, no es de estrañar que hablase tan solo lo estrictamente preciso.

Herranz al contrario; bien fuese por demostrar su satisfaccion, bien con el fin de entretener á su amigo, se lamentaba de no saber comenzar una conversacion que durase algun tiempo.

Cansado de tanto silencio, y creyendo que Perales podria interpretarle mal, por lo que á él mismo se referia, se atrevió á dirigirle esta pregunta.

— ¿ Nos falta mucho para salir á la carretera ?

— Media hora escasa, cuando doblemos aquel cerro que está á la izquierda, — contestó el sargento.

Y volvieron á seguir fumando y andando, pero sin hablar.

Herranz sufria.

La verdad es que las secas y rotundas contestaciones de Perales no daban pié, como vulgarmente se dice, para una conversacion continuada.

Apelando á todos los resortes de su imaginacion y á todos los recursos de su inteligencia, el hijo del tio Lesmes creyó haber dado en el *quid* al exclamar :

— ¡ Cuánta no va á ser la alegría que experimentarán mi pobre padre y mi buena hermana, cuando me vean entrar por las puertas de la casa que abandoné tan indignamente y sepan que á V. debo no ya solo la vida, sino el placer inmenso de volverles á ver !

— Lo que interesa, amigo Herranz, es que les encuentre V. buenos, que V. consiga reponerse en el más breve plazo. Respecto á mí, me tranquiliza la seguridad que tengo de haber cumplido con mi deber y no hay para qué hablar más de ello,—objetó Perales.

— Gracias mil, amigo mio, por sus buenos deseos; pero no me negará V. que hay favores que no deben olvidarse nunca; antes al contrario, justo es recordarlos siempre.

— Mañana puedo yo encontrarme en el mismo caso que V. se encontró, y agradecería hiciesen conmigo otro tanto; porque «hoy por tí y mañana por mí,» según la frase.

Y ya Herranz no supo qué contestar.

Volvió á reinar el silencio nuevamente.

Y vuelta otra vez aquel á discurrir.

II.

Después de algunos instantes, el ex-sargento carlista dirigió por tercera vez la palabra á nuestro héroe, diciéndole:

— Celebraría que encontráramos pronto algun parador ó venta en que poder almorzar y soltarme las cintas del morral, pues me lastiman en el hombro herido.

— Precisamente á poco más de un tiro de fusil, después de la salida á la carretera, hay una caseta de la pareja de la guardia civil, y al lado de ésta un cobertizo habilitado de ventorro, en el que podremos hacer ambas cosas.

— Me alegro en el alma, porque la verdad es que la herida se me resiente y empiezo á tener dolores.

— Pues desátese V. el morral y venga: yo le llevaré, ya que, gracias á Dios, á mí no me cuesta ningun trabajo, — objetó Perales.

Y sin dar tiempo á que Herranz se escusara, quitó los botones al morral y con la mano izquierda se le puso encima del suyo, añadiendo:

— Ya estamos listos.

El hijo del tío Lesmes no sabia qué decir ni qué hacer, y optó por obedecer y callar.

La conducta de Perales le tenía absorto.

No acertaba á explicarse la causa de tantas bondades, ni se daba cuenta del por qué de tantas consideraciones como de las que era objeto.

— Ahora comprendo, se decía, la razón de la influencia y de las simpatías con que cuenta y el respeto con que es mirado por los de su batallón, ó mejor dicho, por todos los de la brigada. Muchos hombres como el sargento Perales hacen falta en el mundo; mas desgraciadamente él es la excepción y los demás somos la regla.

Continuaron el camino, sin sentirse otro ruido que el de sus pisadas.

Desesperando hallar origen para emprender una conversacion de-

finitiva, se propuso no dirigir la palabra á su compañero hasta que estuviesen al lado de la caseta.

III.

Quince minutos despues sentábanse en los bancos de madera que habia bajo el cobertizo.

Perales ordenó les sirvieran un cuartillo de vino mientras él sacaba la marmita.

Durante el almuerzo, habló al fin el sargento largo y tendido; mas sobre asuntos de milicia sin interés para nosotros.

Herranz, para quien eran aquellos bien poco simpáticos, fué haciendo rodar la conversacion hasta que pudo referirle su ingreso en las partidas carlistas y su vida desde entonces hasta que cayó prisionero y herido.

Media hora despues emprendieron de nuevo su viaje.

En está segunda etapa hablaron tambien de hechos aislados, sin importancia á nuestro objeto.

A las seis de la tarde entraban en Vitoria, sin haberles ocurrido en el camino novedad alguna.

Prometió Herranz á Perales que le escribiria desde Córtes de Arenoso apenas llegara y le hizo mil protestas de sincera, noble y franca amistad.

El sargento respondió manifestando los mismos deseos é idénticos propósitos.

De comun acuerdo y en atencion á lo molestado que llegó Herranz á Vitoria, resolvieron quedarse á dormir en esta ciudad y no salir hasta el tren *express* del dia siguiente.

Fuéronse á una posada, y mandaron preparar las camas y la cena.

Mientras se le prevenian ambas cosas, Herranz manifestó á Perales las tristes impresiones que le produjera el fusilamiento de los dos voluntarios de La Guardia, y para que resultara el contraste perfecto, le espuso despues las gratas que conservaba de Juana, la moza liberal de Estella.

Así trascurrió media hora.

Una voz femenina, á juzgar por su timbre, pidió permiso para entrar.

— Adelante, — se anticipó á decir el ex-sargento.

Y una muchacha alta, fornida, de cara estrecha y reluciente cu-

tis, de ojos grandes y rasgados, de ancha frente y negras y pobladas cejas, de linda boca y dientes de coral, entró en el cuarto provista de un mantel blanco como su cuello y franja encarnada como sus mejillas, y dos cubiertos de metal blanco tambien.

Despues del saludo reglamentario, tendió el mantel sobre la mesa, colocó convenientemente los cubiertos, y dijo:

— Cuando Vds. gusten, les serviré la cena.

— Como nosotros no queremos causar molestias á nadie y menos aun á un ángel como V. dejamos á su eleccion que escoja el instante más oportuno para ello. De todas suertes habremos de sentir la misma satisfaccion en verla á V. por aquí sembrando el cuarto de gracia y hermosura, y lo que nos ha de doler seguramente, es que la cena no pueda ser de tanta duracion como es nuestro gusto al mirarla á nuestro lado,— contestóla Herranz que por lo visto queria desquitarse de lo que habia permanecido silencioso desde Peña-Plata á Vitoria.

La jóven le dió las gracias, dibujándose en sus labios una sonrisa, saliendo despues.

Perales se limitó á decir á su amigo:

— Parece que los dolores se han calmado y me alegro. ¡Bonita perorata!

— ¡Qué se le ha de hacer, mi primero! Así es la vida,— objetó Herranz.

— Aquí no hay primero ni segundo, que no estamos en el cuerpo. Aquí solo hay, y solo debe haber, dos buenos camaradas,— anotó el sargento.

— Siempre V. generoso y modesto.

— Dos condiciones que de poseerlas, como V. cree, sentiria en el alma perderlas.

La presencia de la jóven sirvienta hizo suspender el diálogo.

Un nuevo discurso de Herranz valió á aquella su segunda entrada en el cuarto.

Media hora más tarde, se levantaba la mesa y los viajeros fuéronse á acostar.

IV.

A las once de la mañana siguiente y despues de almorzar bajaron á la estacion.

Perales, previsor como siempre, habia sacado billetes solamente hasta Valladolid.

No enteró de este detalle á Herranz, quien desde la salida del tren de Búrgos, empezó á sentirse molestado por su herida.

— En Venta de Baños hay cuarenta minutos de parada : allí comeremos y podrá V. descansar un rato.

— Sí; pero luego me toca toda la noche de viaje y me resentiré de nuevo.

— Ya lo he tenido en cuenta ; nos bajamos en Valladolid y pasaremos en esta ciudad la noche.

— No sabe V. cuánto le agradezco su interés, en este caso mayor que el mio propio, puesto que á mí no se me habia ocurrido nada de eso.

Hízose todo tal y como lo dispuso el sargento.

Pasaron la noche en la capital de Castilla la Vieja.

Perales, apenas se levantó, puso un telégrama á sus padres, indicándoles la hora en que llegaría probablemente.

A las diez de la mañana salieron de Valladolid con direccion á Arévalo.

Los padres de nuestro protagonista esperaban impacientes en la estacion la llegada del tren.

La escena que entonces tuvo lugar no es para descrita con todos sus vivos colores, por plumas tan poco experimentadas como la muestra.

Santo grupo era el que formaban padre, madre é hijo, abrazados estrechamente, llorando los tres juntos y besándose á la par.

Dada rienda suelta á los impulsos del corazon, presentó el sargento á sus padres á Herranz, que habia contemplado la escena conmovedora que acababa de tener lugar con emocion profunda.

Por lo que veia, figurábase lo que á él le esperaba cuando llegara á Córtes de Arenoso.

Mediaron los saludos y frases consiguientes, entre los padres de Perales y el ex-sargento carlista.

Invitado éste á pasar el dia al lado de aquellos, Herranz se escusó.

Pretendia aprovechar el primer tren para trasladarse á Madrid.

Mas una indicacion de nuestro héroe, fué bastante á que desistiera de su propósito.

Perales tuvo que detenerse más de una vez y más de veinte en la travesía de la estacion á su casa, para responder á cuantas frases de bienvenida le dirigian los vecinos.

Su madre, su buena y contristada madre, iba llorando por el camino y como una Magdalena.

Lloraba de ventura seguramente.

O tambien lloraba acaso á virtud del consorcio del dolor de ayer con la alegría de hoy.

¡ Madre al fin !

Porque á las madres, lo mismo les produce el llanto una desgracia imprevista, en sus hijos, que una felicidad no esperada.

En el corazon de una madre estas causas diametralmente opuestas producen los mismos efectos.

¡ Benditas sean las madres !...

V.

Aprovechando el primer tren que pasaba, salió Herranz de Arévalo con direccion á Madrid al siguiente dia.

Tierna y afectuosa fué su despedida y sentido y cariñoso su ¡ adios !

Sabian que se separaban.

Lo que no podian saber era si se separaban para siempre.

Reiteráronse sus protestas de eterna amistad.

Herranz se comprometió á escribirle apenas llegara á Córtes.

Se dieron el último abrazo.

Los padres de Perales le ofrecieron la casa, le estrecharon afectuosamente la mano y le desearon un viaje tranquilo.

Y el tren partió.

Herranz llegó á Madrid sin novedad.

Siguiendo las instrucciones de su amigo, pasó la noche en la capital de España.

No queria ni debia aventurarse á hacer el viaje directo, por el estado de su herida.

Al dia siguiente salió para Albacete, en cuya ciudad pernoctó.

De Albacete se fué á Valencia y de Valencia á Castellon de la Plana.

Las once leguas que hay desde Castellon á Córtes de Arenoso, las recorrió en diligencia hasta Villahermosa y de ésta á su pueblo natal, á pié.

Habia por consiguiente invertido en el viaje seis dias.

Era, pues, el 18 de Mayo.

Cuando Herranz atravesaba un puente de madera que hay á doscientos metros del pueblo, sobre un arroyo que corre tranquilo á su alrededor, el tio Lesmes y Juana salieron á su encuentro.

El ex-sargento carlista quedó gratamente sorprendido al ver á su padre y á su hermana.

Otra escena igual á la habida en el anden de Arévalo se estaba reproduciendo sobre el puente de madera de Córtes de Arenoso.

El anciano albañil, su buena hija y el ex-sargento herido, formaron otro grupo como el que formarían en su día los padres de Perales á la llegada de éste.

Hubo lágrimas y abrazos, besos y suspiros, de unos para otros, y se dirigieron á la villa.

VI.

Gravemente enfermo el tío Lesmes, según sabemos, parecía como que la presencia de su hijo, le daba alientos y salud.

¡Pobre anciano!

Juana, la jóven que ya se creía sin amparo y apoyo en este valle de lágrimas, no cesaba de dar las gracias á Dios por la vuelta del nuevo hijo pródigo.

Su rostro, sonrosado y fresco hasta la huida de su hermano, pálido y mústio desde entonces, volvió á llenarse de frescura y á teñirse en color.

¡Infeliz criatura!

Pena y pena profunda causó en el alma del padre y de la hija el saber que Jacinto venía herido.

— Pero, ¡cómo ha de ser! — exclamó el tío Lesmes; — lo esencial es que te veamos aquí; se llamará al médico y Dios, la ciencia y nuestros cuidados, harán que te restablezcas pronto, — añadió.

— ¿Y quién ha enterado á Vds. de mi venida? — preguntó Herranz lleno de duda.

— Oye: ayer recibí una carta manifestándome que hoy debías llegar á este pueblo con licencia temporal, pues te sentías algo enfermo. Nada me hablaban de tu herida y de la hora en que habrías de llegar; pero nosotros estábamos deseando que amaneciese para venirnos aquí, y aquí hubiéramos estado todo el santo día y toda la santa noche y mañana y un mes hasta verte, — dijo el tío Requeson profundamente afectado.

— ¿Y quién firma esa carta y de dónde procede? — volvió á preguntar el ex-sargento.

— Un tal Perales, y venía de Arévalo. Ese tal que firma nos aseguraba que es muy amigo tuyo, — contestóle Juana.

— Y no miente: es más que amigo, más aun que hermano: es al que debo la vida y la licencia temporal que vengo á disfrutar á vuestro lado.

— Pues aun queda algo que decirte de ese señor: con la carta nos ha remitido una libranza de quinientos reales que ayer mismo cobré en Villahermosa.

— ¡ Siempre generoso! ¡ Qué alma más digna! ¡ Qué corazon más noble! Ya daré á Vds. más pormenores de quién es ese sér tan honrado, tan bueno y tan digno.

Y así hablando llegaron á casa.

VII.

Al abrir la puerta vieron una carta en medio del pasillo.

El sobre venia dirigido al ex-sargento.

— Puesto que es para tí, ábrela tú, — dijo el tio Lesmes.

Herranz así lo hizo y leyó lo siguiente:

« Campamento de Peña-Plata, 14 de Mayo.

» Querido amigo Jacinto: Celebraré hayas llegado á esa bien y que tu padre y hermana no tengan novedad.

» Yo continúo con el carácter de presentado; pero por recomendaciones del sargento Perales, estoy de escribiente en la comandancia.

» He cambiado el bombacho por el pantalon encarnado, la blusa por el capote, la boina por la gorra de cuartel y he perdido los galones en ese cambio.

» No me pesa ni me apura, pues me encuentro perfectamente aquí aunque sea el último soldado.

» No me extraña tampoco, porque comprendo que es lógico y natural que así suceda.

» ¡ Cuán diferente es el proceder del general Loma y demás jefes y oficiales de este ejército, colmándonos de atenciones, con el del titulado general Velasco, aprobando la sentencia de muerte de aquellos dos infelices voluntarios de La Guardia, á cuyo fusilamiento asistimos!

» Pero aun hay más, mi buen amigo. Segun noticias que ayer tuve de Estella por conducto de un presentado del batallon de Arratia, nuestros seis compañeros que despues de la sorpresa de Perales

no quisieron seguirnos y regresaron á aquella ciudad, han sido fusilados despues de haberles tenido presos á pan y agua.

» A los demás y por medio de una órden del dia se nos ha declarado traidores á la causa del Rey y de la Religion y como tales, sujetos á ser pasados por las armas donde quiera que seamos habidos y sin otro plazo que el imprescindible para la identificacion de la persona.

» Vive, por tanto, sobre aviso, pues esta más que otra es la causa de que te escriba la presente.

» Yo aquí estoy sin cuidado como debes comprender.

» En cambio tú no te exhibas mucho, que esa comarca es casi esencialmente carlista y puede ocurrirte algun fracaso.

» Recuerdos del teniente Itugorri. Está bueno: le han destinado á Administracion militar en clase de encargado del depósito de paja.

» A Estebez, el novio de tu hermana, podeis encomendarle á Dios. Despues de quince dias que llevaba en el hospital de Castro-Urdiales, falleció el dia 12, á consecuencia de la herida que tenia en la cabeza. Comunica mis afectos á tu padre y tu hermana; y tú sabes que te quiere tu buen amigo,

BARTOLOMÉ PEÑA.»

VIII.

La lectura de la carta anterior, no dejó de impresionar así á Jacinto como á su padre y hermana.

Ciertamente que las noticias que en ella comunicaban, valian la pena de impresionarse.

Y mientras se acordaba la línea de conducta que convendria seguir, Juana preparó, ó mejor dicho, puso la mesa.

Sacó de una marmita la tortilla que habia hecho para ir á esperar á su hermano, y de la despensa una botella de vino, y pan.

Y comieron.

¡Qué bien sabia á todos aquel pedazo de tortilla, templada cuando más!

Porque los manjares son como los números: tienen valor absoluto y valor relativo; aquel por su figura y este por el lugar que ocupan.

Comer solo, no sabe tan bien como acompañado: comer *á la hora*, satisface más que despues de ésta pasada.

Mandad que os dispongan dos perdices escabechadas de la misma suerte, y despues remitid una para que cene el reo que está en capilla y otra al que se casó por la mañana.

Con seguridad que no saben lo mismo, si oís la opinion de los interesados.

Por eso aquella tortilla no muy abundante y fria, supo á glorias, segun la frase, así al tio Lesmes, como á Juana y á Jacinto.

CAPÍTULO VIII.

Situacion presente.—Consideraciones.—Perales en Córtes de Arenoso.—Ojeada retrospectiva.—Un amor que nace.—Un encargo que se acepta.—En visperas de la batalla.

I.

Han pasado cinco meses desde la llegada del ex-sargento carlista Herranz á Córtes de Arenoso.

Estamos, pues, en el 25 de Octubre.

Ganosos de encontrarse frente á frente con la partida de Gamundi, que les trae á mal traer, se hallan los soldados de la libertad que forman la columna del bizarro brigadier Sr. La Guardia.

Cuentan andadas durante ese dia nada menos que trece leguas, y tal andar algun descanso ha menester.

Al salir con el sol de San Agustin de Olbá, verificaron un breve y rápido traslado de algunas de sus municiones de boca, desde la marmita al tubo digestivo, pues no está reñido lo valiente con la necesidad de hacer por la vida ni el entusiasmo con el estómago.

Forma la vanguardia de la columna una seccion del batallon reserva de Segorbe desplegada en guerrilla, á cuyo frente va el sargento Perales.

Así éste como sus camaradas, llevan en sus rostros impresas las señales evidentes de las fatigas propias de la vida de campaña, que, no obstante sus muchos sinsabores, no deja de tener algun atractivo para los siempre heróicos soldados de esta nacion no menos heróica.

Es de admirar y aplaudir el interés con que toman el desquite de sus sufrimientos durante la marcha, apenas hacen alto en la plaza de un pueblo y circula la órden de ¡á discrecion!

Bastantes ó escasas las horas que al descanso se señalen, el sol-

dado da pronto al olvido las fatigas experimentadas, los sudores pasados y los esfuerzos hechos, y en el incidente más trivial y en el detalle más ínfimo, encuentra base para una chanzoneta, ocasion para una carcajada, motivo para un chiste más ó menos epigramático, y origen para dar rienda suelta á su comprimido buen humor.

Las cinco de la tarde de ese dia estaban al caer, segun la frase vulgar, y nuestros soldados desesperaban de habérselas ya en él con la faccion.

Y así sucedió afortunadamente para todos.

Y decimos que afortunadamente, porque en nuestra calidad de españoles, nos es tan preciada la vida de los de este bando, como las de los del opuesto: que á unos y á otros llorarian, al morir, madres, hijos ó hermanos españoles y el llanto de estos seres tortura nuestro corazon y produce en nuestra alma el sentimiento más profundo.

Que el llanto que vierten hermanas, hijos ó madres, arrancado á sus ojos por los desastres y consecuencias de una lucha fratricida, no debe reconocer en pechos nobles, partidos ni banderías, ni estar en razon directa del campo en que la víctima militara al combatir.

II.

Huye el sol á visitar otras regiones para no perder la costumbre y cual cumple á su deber de astro del dia y los soldados de la columna La Guardia, se hallan á las puertas de Córtes de Arenoso.

— Dios tiente al brigadier y disponga hagamos alto en este pueblo, pues tengo más gana de descansar que un maestro de escuela de cobrar sus haberes atrasados: y tú, *Gorrion*, ¿qué *opinias*? — dijo un soldado de las guerrillas dirigiéndose al compañero que iba á su izquierda.

— Por la salud de mi morena, — contestó el interpelado, — que *opinio* lo mismo, pues ya tambien á mí me pesa el morral y el estómago se me aflije y desearia que los ángeles te oyesen, para aligerarme de peso por fuera y echar algo que nutra por dentro, hasta estar al nivel. Y si vamos á caer con una patrona tan huraña y tan fea como la que nos tocó ayer, valiese más que siguiéramos

andando hasta que el gallo de la Pasion volviera á echar otro *jipío*.

Los compañeros celebraron con una carcajada la respuesta del conocido por Gorrion.

Breves instantes pasaron y la corneta del de órdenes lanzó á los aires el toque de ¡alto! primero y el de ¡atencion! despues.

No fué escasa la alegría que se apoderó de la seccion de la avanzada, cuando se hizo pública la idea del brigadier de pasar la noche en Córtes.

—Y luego dicen que no hay dos de un mismo pensamiento,—exclamó otro soldado;—pues sí que los hay, porque en este instante venia yo pensando lo mismo que el brigadier.

—Pues bien poco te falta para serlo,—repuso el llamado Gorrion.—Yo en tu caso y toda vez que ya sabes pensar á lo brigadier, echaba una instancia al ministro de la Guerra pidiéndole el mando de una columna. Debes hacerlo mañana mismo para no perder tiempo; y puedes además indicarle, á fin de que se anime, que cuentas hasta con jefe de estado mayor: mi persona.

Todos celebraron las palabras de Gorrion, riéndose nuevamente. Este continuó.

—Y si al ministro se le ocurriera, que no se le ocurrirá, estoy de ello seguro, remitirme la instancia para que yo diese mi dictámen, escribiria al márgen:—«El que suscribe *opinia* porque » V. E. puede desde luego complacer los deseos del interesado y » ponerle al frente de una columna... de piedra berroqueña ó hierro » fundido y encima colocarle un farol de gas, ó una vela de se- » bo.—*Gorrion.*»

Una estrepitosa carcajada recibió el improvisado, gracioso y supuesto dictámen del soldado de buen humor.

La corneta del de órdenes tocó llamada y las fuerzas de la columna empezaron á reconcentrarse.

—Vaya; esto es hecho, ya no ofrece duda: Dios haga porque nos toque una patrona amable,—dijo otro de los soldados de la guerrilla.

—Y que no sea tan fea como la de anoche,—objetó el que tambien nosotros llamaremos Gorrion.

—En cambio Calandria está de enhorabuena.

—¿Y por qué?—preguntaron varios á una vez.

—Porque el sargento Perales tiene aquí unos conocidos á cuya casa sé yo que irá alojado y hay en ella la muchacha más buena moza del pueblo.

— ¡Ay, y quien fuera Calandria esta noche!—exclamó el alegre Gorrion, dando á sus frases un tono picaresco.

— En cambio, sinó Calandria, eres Gorrion y tanto monta,—le hizo notar otro.

— Vaya un par de pájaros que estamos entonces,—replicó el aludido, recogiendo la indirecta en el mismo tono que le era dirigida.

Suspendieron el diálogo porque ya habian llegado á sus puestos en la compañía.

Media hora despues se distribuian las boletas de alojamiento á los soldados de la columna.

Calandria, el antiguo asistente del sargento Perales, iba buscando la calle de la Higuera en la que vivia el tio Lesmes (a) Requeson.

III.

— ¡Patrona! ¿ Se puede?—preguntó Calandria apenas estuvo cierto de que aquella era la casa del padre de Jacinto.

— Adelante, militar,—contestó una voz femenina desde dentro.

— ¿ Lesmes Herranz?—volvió á preguntar el asistente desde el quicio de la puerta.

— Sí; aquí es; pase V.,—respondieronle de nuevo.

Y una muchacha pálida y ojerosa salió á recibir al alojado.

— ¿ Está el patron?

— Sí señor: solo que como es anciano y se encuentra enfermo no puede salir. V. le dispensará: mas si algo se le ofrece, yo soy su hija para servir á Dios y á V.

— Muchas gracias, prenda. Aquí me manda mi primero con esta esquela para el patron. Tenga V. la bondad de pasársela y que se entere, mientras yo vuelvo al Ayuntamiento á darle las señas.

— Está bien.

— Para no ir y volver con todo este peso, me permitirá V. que lo deje aquí, ¿eh?

— Con mucho gusto; pero seria mejor que lo entrara en este cuarto.

— Donde menos incomode: en cualquier parte; la cuestion es no llevarlo encima.

Y Calandria pasó, dejando en el sitio indicado por Juana, las carabinas, los morrales, los capotes y las botas del sargento Perales y suyos.

Despidióse el asistente hasta luego, cerró Juana la puerta, encendió una luz y fué á llevar la carta al tío Lesmes.

Este, que no se habia levantado de la cama en todo aquel dia por sentirse peor, abrió la esquela y una vez al corriente de su contenido, hizo que su hija se la leyera de nuevo.

De los ojos del pobre albañil se desprendieron dos gruesas lágrimas, precursoras de otras muchas que rodaron despues por sus rugosas mejillas.

Juana tampoco pudo contener las suyas, y padre é hija lloraron.

¡ Bienaventurados los que lloran !

¿ Cuál era la causa de ese llanto ?

No tardaremos en saberlo.

El tío Lesmes ordenó á Juana que preparara la cena á Perales y á su asistente, pues el uno por escrito y el otro de palabra, habian prometido volver.

Dispúsose la hija á cumplir el mandato de su padre y éste se dejó caer de nuevo en el lecho.

IV.

Las ocho y media de la noche serian, cuando Perales y Calandria llamaban en la casa del tío Lesmes.

Juana salió y conociendo á Calandria, abrióles la puerta.

El sargento y el asistente entraron.

Cambiáronse las frases de saludo que son de costumbre y previo permiso del enfermo, pasaron á la habitacion en que este se encontraba.

Apenas el tío Lesmes tuvo delante al que él llamaba su protector empezó á llorar como un niño.

Su pobre hija lloraba tambien.

El sargento Fermin, comprendiendo perfectamente su deber, no habia dicho aun más que « buenas noches » al entrar.

Como en aquel cuadro faltaba una figura, Perales encontró muy lógicas las lágrimas y no se opuso á que fuesen derramadas y tan copiosas como él las comprendia.

Pasados los primeros instantes, sin más ruido que el que producian el llorar del tío Lesmes y Juana, dijo Perales á esta :

— Tenga V. la bondad de dar una luz á mi asistente y de decirle el sitio en que puede esperar hasta que yo le avise.

Y dirigiéndose á Calandria,

— Dispensa: necesito hablar á solas con estos señores: yo te avisaré cuando te precise,—le advirtió.

Juana y el asistente salieron de la habitacion, regresando aquella á los pocos momentos.

— Vamos, Sr. Herranz, ¿qué ocurre? No hay que tomar las cosas por desgraciadas que nos resulten, tan á pechos.

El tio Lesmes se sintió subyugado por las palabras de Perales.

— V. me perdone, sargento, si no le he dispensado la entrada más conveniente en esta su casa, la primera vez que V. la honra con su visita; pero son tan amargos los dias que la Providencia me tiene reservados como últimos, que no pude dominarme al verle entrar, y recordar mi desgracia á la vejez.

Juana, que hasta entonces no habia notado que nuestro protagonista permanecia en pié desde que entró, dióle mil excusas al ofrecerle una silla.

Perales la envió su indulto con una afectuosa sonrisa.

— ¿Y Jacinto?—preguntó, con vivas señales de impaciencia.

Un hondo suspiro se escapó del pecho del tio Lesmes.

— Hace más de un mes que no tenemos noticias tuyas,—contestó Juana.—El cabecilla Gamundi hizo por ese tiempo una leva en toda esta comarca y á viva fuerza se le llevaron, sin que bastasen á impedirlo ni los ruegos ni la enfermedad de mi padre, ni las lágrimas y súplicas mias. Antes al contrario, nos amenazaron con que pondrian fuego á la casa á ser más insistentes, ó que entrando en ella al asalto y una vez cogido, le fusilarian á nuestra presencia. Hemos tenido intencion más de una vez de escribirle á V. y manifestárselo, pero el temor de que cogiesen la carta unas veces y otras la falta de tiempo, nos han impedido verificarlo como era nuestro deseo.

Perales quedóse pensativo.

Quería hacer por estraviar una conversacion de impresiones y dura para todos, y aspirando á conseguirlo, contestó:

— Han hecho Vds. casi bien en no escribirme, porque seguramente no hubiera recibido la carta. Hace tres meses que al concluirseme la licencia, tuve que marchar á incorporarme al cuerpo y salí enseguida á operaciones. Cuando se reorganizó el ejército del Centro, fuí destinado al batallon provisional de Segorbe, que forma parte de la columna del brigadier La Guardia que es la que ha pernoctado en este pueblo hoy, y á cuya casualidad debo la honra de conocer á Vds. y el gusto de ofrecerme á sus servicios. Dicen

que fué Gamundi el que se llevó á Jacinto, y precisamente á la faccion de este es á la que venimos persiguiendo. Si Dios hiciera porque la encontráramos y aceptase la batalla... ¡quién sabe si una nueva coincidencia, uno de esos raros casos que en las guerras se dan, haria porque yo viese á Jacinto! y entonces...

— La Providencia escuche á V.,—exclamó el tio Lesmes interrumpiendo á Perales y ahogando un suspiro.

— Ojalá la Vírgen María lo disponga así,—añadió Juana, profundamente conmovida.—Y ahora que me acuerdo,—continuó,—voy á servirles la cena, pues ya la tenia separada de la lumbre para que no se pasase cuando Vds. entraron, y con la conversacion...

— No habia necesidad de que se molestasen en nada por nosotros,—dijo Perales;—yo hubiera mandado al asistente por cualquier cosa, y en paz. No habrá esta noche cena mejor para mí, á buen seguro, que la satisfaccion de haberles conocido. Pero ya que está hecho, no quiero desairarles. Haga V. el obsequio de llamar á Calandria, y que la ayude á V. á poner la mesa y venga á cenar.

Y despues de satisfecha la necesidad del alma, pasaron á satisfacer la necesidad del cuerpo.

V.

Despues de cenar, el sargento ordenó al asistente se fuera á dormir y que le llamase al toque de diana.

El tio Lesmes, Juana y Perales volvieron á quedar solos.

Giró la conversacion manifestando aquel su reconocimiento á nuestro protagonista, por los favores que su hijo le debia desde la sorpresa del convoy y por los que de su parte le era asimismo en deber, sin que de ninguna otra cosa particular se tratara y que al lector interese conocer.

Unicamente nos cumple manifestarle, que pasados tres cuartos de hora de sobre-mesa, el infeliz anciano se quedó dormido.

El sargento, para el que no pasó desapercibida esta circunstancia y no queriendo ni perder el tiempo ni infundir sospechas, dijo á Juana:

— Sea cualquiera el resultado que ofrezcan así la enfermedad del pobre Sr. Lesmes, como la suerte de Jacinto, yo aseguro á V. que si éste no vuelve más, aquí tiene V. otro hermano; y si la dolencia conduce al sepulcro á su padre, en Arévalo están los míos que lo

serán de V. si cuento con su aquiescencia y no hay otro compromiso.

— Yo le agradezco sus bondades, pero creo no soy digna de ellas, — contestó Juana.

— La mujer que como V. es buena hija y buena hermana, lógico es suponer sea asimismo buena esposa: y el hombre que piense bien, conseguir esto debe ser su aspiración más legítima y noble, — repuso el sargento.

Juana nada replicó.

El que calla otorga, dijo para sí Perales, levantándose.

Al despedirse Fermin tendió su mano á la hija del tío Lesmes.

Esta le ofreció la suya.

Las dos se unieron estrechándose fuertemente.

Ambos se habian comprendido en solos aquellos instantes que llevaban conociéndose.

Eran sus corazones dos minas de amor.

Faltaba únicamente la mecha que les hiciese estallar.

Y la mecha se inflamó al calor de las primeras miradas que se cruzaron.

Convinieron en que Perales escribiría á Juana despues de la acción que todos juzgaban tan próxima como imprescindible.

Las marchas de las columnas liberales y las de las partidas facciosas, así lo hacian presumir.

VI.

Al amanecer del dia siguiente, tocaron diana y llamada á la carrera.

Perales y Calandria vistiéronse apresurados.

Juana ya estaba en la cocina.

El tío Lesmes aun seguia durmiendo.

La despedida del sargento y la jóven fué tan tierna como afectuosa.

Ella salió á la puerta, siguiendo con los ojos los pasos de Fermin.

Cuando éste iba á doblar la esquina, volvió la cabeza y saludó con la mano á Juana.

Esta entró en la casa llena de amargura.

De sus ojos se desprendieron dos lágrimas.

Las primeras que arrancara el amor.

CAPÍTULO IX.

Una aclaracion.—Villafranca del Cid.—Descripcion de esta villa y de la accion que la dá nombre.—Alocucion del general en jefe á la brigada Despujol, despues del combate.

I.

Habrán advertido nuestros lectores, que nos hemos ocupado en dos lugares diferentes de la entrada y permanencia de la brigada La Guardia, en Córtes de Arenoso.

Esto exige de parte nuestra una esplicacion y vamos á darla gustosos.

Hacíamos crónica la primera vez y no juzgábamos oportuno ni conveniente al más claro orden de los acontecimientos, pararnos á detallar lo que debia ser, como ha sido, materia de capítulo aparte, pues bien lo merecia el asunto.

De ahí el que entonces hiciéramos caso omiso de los sucesos que acabamos de referir.

Y esto bastará, á nuestro entender, para que las cosas ocupen su puesto verdadero.

Creyéndolo así, seguimos el relato.

II.

Estamos en VILLAFRANCA DEL CID, y hé aquí su descripcion geográfica.

Dista doce leguas de Castellon de la Plana, de cuya provincia es villa con ayuntamiento.

Está situada al extremo Oeste de aquella y sobre un cerro de peña viva.

La baten todos los vientos, por cuya razon su clima es sano y frio.

Tiene sobre cuatrocientas casas, inclusa la del municipio y en la que se halla establecida la cárcel, un pequeño hospital y escuelas de niños y niñas.

La parroquia titular, está dedicada á *San Salvador*; hay además para el culto, cinco ermitas consagradas al *Santo Sepulcro*, *San Roque*, *Santa Bárbara*, *Nuestra Señora de Lozar* y *San Mi-*

guel: las tres primeras inmediatas á la poblacion, la cuarta á media legua al Noroeste y la última á legua y cuarto en la misma direccion.

La que antiguamente fué parroquia y se llamaba *Puebla de Ballestar*, hoy es solo una masada.

Súrtense de agua los vecinos, de varias fuentes que existen en las cercanías y de excelentes pozos dentro de la poblacion.

La montaña, conocida con el nombre de *Tossall de Monllat* y otras menos notables, crian pinos, algunas encinas, robles, enebros, sabinas y otros arbustos.

De herradura y puramente locales son sus caminos, y á un cuarto de legua al Noroeste pasa la carretera que conduce á Vina-roz y Oropesa.

Es quebrado y montañoso su terreno.

Báñanle los riachuelos *Truchos*, *Sellumbre* y *Rio-Seco* y el rio *Monleon*, vulgarmente *Monlló*, el cual sirve de límite entre el término municipal de esta villa y los de sus colindantes, Mosqueruela, Vistabella y Benasal.

Produce trigo, cebada, avena, patatas, judías, lentejas, guijas, guijones y bellotas: mantiene ganado lanar, vacuno y caballar: hay caza de conejos, liebres y perdices y escasa pesca de barbos y truchas.

Su industria es agrícola y cuenta además con bastantes fábricas de jabon blando, molinos harineros, uno de chocolate, tintes de ropa blanca y algunos telares.

Hacen su comercio los arrieros especialmente, los cuales trafican en aceite y otros artículos y exportan jabon, trigo y maderas. Otros se dedican á la compra de caballerías que luego venden en las férias de otros pueblos.

Y por último, cuenta con unos cuatrocientos vecinos.

III.

Tal es el pueblo en que tuvo lugar la accion que la da nombre y pasamos á referir.

Sírvenos de guia para el mejor acierto en las cosas y en sus accidentes, el parte detallado que de esta accion dió el digno y bizarro brigadier Sr. Despujol, ya que nuestros informes particulares concuerdan con lo que tan ilustrado jefe manifiesta.

Hé aquí el relato.

El ataque intentado por Cucala, Corredor y Polo en la tarde del 28 de Octubre contra la mitad de la brigada Despujol, establecida en Villafranca del Cid, y algunos indicios que recogió este jefe al llegar ya de noche á dicho punto acerca de la proximidad de Gamundi, le hicieron presentir para el dia siguiente 29 un segundo ataque por parte de las citadas facciones reunidas, pues no habia noticias de otras en las inmediaciones.

La resolucion de esperar dentro del pueblo la embestida, sobre ser aventurada, era depresiva para las tropas liberales que deben atacar siempre y podia enardecer al enemigo y darle tiempo á reunir mayores fuerzas. Mejor era tomar la ofensiva y así lo hizo pensando muy cuerdamente dicho brigadier, efectuando á la mañana siguiente un movimiento sobre Morella, para dar la batalla fuera del pueblo.

Las tropas de la brigada se componian : regimiento infantería de Córdoba, formando la primera media brigada al mando de su coronel D. Manuel Rodriguez de Rivera; la segunda id. al del coronel á las órdenes del brigadier D. Mariano Montero, la formaban el medio batallón reserva de Orense, número 6; dos compañías del disuelto batallon reserva de Orihuela; el disuelto batallon reserva de Astorga y cuatro compañías del de Segorbe: reservándose el jefe de la columna bajo su inmediato mando, para emplearlas donde creyese oportuno, cuatro piezas Plasencia, cien caballos del regimiento caballería de Castillejos y setenta del de Almansa.

El total de estas fuerzas, incluyendo un oficial con 30 voluntarios de Alcañiz, ascendia á 3,036 hombres, y descontados los asistentes, enfermos, músicos, camilleros y guardias de prevencion quedaba reducida á unos 2,700 hombres de todas armas disponibles en fila para el combate.

Pasada la noche sin novedad, salió en efecto la columna á las siete de la mañana del siguiente dia 29, en direccion á Morella.

El camino de salida atraviesa por espacio de dos kilómetros un terreno yermo y dividido en pequeños lotes de tierra, separados por gruesas paredes de piedra, que corren tambien á ambos lados del camino mismo, constituyendo una verdadera red cuadriculada de parapetos naturales ocupados todos por los tiradores carlistas.

Así fué que al aparecer fuera del pueblo la cabeza de la columna, se vió súbitamente ofendida por un nutrido fuego que por todas partes se le dirigia.

Comprendiendo las consecuencias de la menor vacilacion y cuanto importaba salvar cuanto antes aquel peligroso terreno, dispuso

en el acto el brigadier que el primer medio batallón de Córdoba, cuya media brigada iba de vanguardia, desplegando al mando de su comandante una compañía en guerrilla con apoyo de las dos siguientes, saltando las paredes cuando se pudiese y abriendo cuando no boquetes en ellas, tomase á la carrera las primeras líneas de dichos parapetos.

Esta orden fué cumplida con tanta decisión que le costaba trabajo al jefe de la columna seguir con el medio batallón restante del primero de Córdoba, la rápida carrera de la vanguardia.

A esto se debe que en breve pudiera aquel llegar á sitio en que poder poner en batería dos piezas para despejar las primeras lomas del frente, entre las cuales se embarranca el camino.

Entre ambas medias brigadas marchaba la artillería, quedando exclusivamente destinado á su custodia el medio batallón de Orense. Seguían los demás cuerpos ó fracciones de la segunda media brigada, en el mismo, por el orden que están enumerados, escepto las cuatro compañías de Segorbe, separadas de los demás por la caballería y bagajes.

Decidido Despujol á no volver al pueblo, no dejó de intento fuerza alguna para defenderle, y consideró suficientes dichas cuatro compañías para cubrir la retaguardia, que si bien preveía pudiese verse molestada, nunca juzgó llegara á sufrir un ataque en pleno día.

Sin embargo, contra sus previsiones, basadas en los hábitos del enemigo, cuya verdadera fuerza ignoraba, apenas la retaguardia acababa de salir del pueblo, se lanzaron á ocuparle los batallones de Corredor y Gamundi y atravesándolo á la carrera, emprendieron un vigoroso avance contra las compañías de Segorbe, que, apenas ordenadas, obstruido su paso por las acémilas muertas ó heridas y luchando con la confusión introducida en la impedimenta por los mulos escapados de sus conductores, hubieron de ceder á tan violento empuje.

La oleada se hizo sentir hasta en la vanguardia, obligando al brigadier á correr apresuradamente al extremo opuesto de la columna, al cual encontró ya reforzado con las compañías de Astorga, al sereno mando de su primer jefe, atinadamente establecidas con frente á retaguardia por el coronel Montero, tras de los mismos parapetos que habían servido primitivamente al enemigo para ostigar la vanguardia.

Acordado con el jefe de dicha media brigada la necesidad y modo de cubrir por escalones la marcha de la columna, que convenia ace-

lerar hasta salir de aquel laberinto de cercas de piedra y dejándole las otras dos piezas para sostenerla con su fuego, volvió Despujol al lado de la sección de artillería de vanguardia.

En aquellos instantes, sin espacio para desplegar la columna, se veía envuelta por un círculo de fuego tan extenso y tan nutrido que le dió á conocer claramente, tenía que habérselas con fuerzas mucho más considerables de lo que en un principio se suponía.

Viendo ya á las guerrillas á punto de dominar las lomas que defienden el barranco, hizo subir la artillería con su fuerza de protección á la más elevada de aquellas, ínterin la impedimenta y caballería entraban en el barranco.

Entretanto el enemigo, arrojado de los parapetos del llano, se había corrido hasta las alturas, que por ambos flancos, y sobre todo por la izquierda, limitan aquel dificultoso campo.

De ellas podía descender para caer también sobre la retaguardia, y era preciso ocuparlas y sostenerse en ellas hasta que pasara por completo la columna.

Confióse este encargo al coronel de Córdoba, quien á la cabeza de tres compañías de su primer batallón, alguna del segundo y voluntarios, fué desalojando sucesivamente al enemigo de aquellas posiciones, hasta posesionarse de la más elevada y cercana al pueblo, ínterin el primer jefe del segundo batallón con las compañías restantes del mismo, empezaba á efectuar igual operación en las alturas de la derecha, defendidas por los batallones de Segarra y Vallés.

Eran las once de la mañana.

Salvado ya el barranco por la caballería é impedimenta; situada la artillería sobre la loma del frente, desde la cual se dominaba todo el terreno recorrido desde el principio del combate; contenido el ataque de retaguardia por los certeros disparos de cañón y por el fuego de la segunda media brigada, escalonada sobre la vertiente de dicha loma, que mira al pueblo; concentradas en el pequeño valle que se extiende al pié de aquella, la caballería é impedimenta; ocupadas por el primer batallón de Córdoba las alturas de la izquierda y subiendo el segundo batallón por las pendientes más escarpadas de la derecha, en cuya cima se mantenía todavía un batallón carlista; libre por el momento de enemigos el camino del frente, se consideraba ya el brigadier casi dueño del campo, aunque sin más reserva de que disponer que las tres cortas compañías de Orense, afectas á la custodia de la artillería, cuando aparecieron de repente y en lo alto de las colinas, que por vanguardia limitan

aquel pequeño valle, dos batallones carlistas, uno por cada lado del camino, con alguna caballería.

Eran los dos batallones de Santés, que, por medio de una marcha forzada, acababan de llegar de Catí, mandados por el titulado general Velasco, sucesor de D. Alfonso en el mando superior de las facciones de Valencia y Aragon.

Algo intimidados de pronto por el efecto de tres granadas que, en el momento de su aparicion, cayeron en sus filas, no tardaron en rehacerse y se lanzaron resueltamente sobre la caballería é impedimenta. El momento era supremo y habia llegado el caso de jugar el todo por el todo.

Pone entonces Despujol á las órdenes del primer jefe del segundo de Córdoba un centenar de hombres de su batallon; le ordena corra al paso ligero á posesionarse de una casa situada á mitad de distancia de los dos batallones carlistas; reúne al mismo tiempo y bajo su mando, un grupo de rezagados de distintos cuerpos, los arenga y puesto á su frente les conduce hácia dicha casa, cuya posesion habia de entretener al enemigo; y, á pesar de llegar este de refresco y de no hallarse quebrantado todavía por el fuego de la infantería de la brigada, no vacila tan bizarro jefe en apelar á la entusiasta decision de la siempre brava caballería de Castillejos y Almansa.

Adivinando la intencion que guia al brigadier al dirigirse á ellos, ambos escuadrones toman el trote largo, y apenas tiene tiempo de indicar á sus comandantes el punto en que deberán contener la carga para envolver á ambos batallones, cuando ya su impetuosa carrera los ha llevado á rebasar la línea de aquellos.

Convergen entonces respectivamente á derecha é izquierda, y antes que el enemigo haya podido pensar en variar de frente, lo cargan de flanco, lo desordenan, lo acuchillan y persiguen por pendientes casi inaccesibles hasta la cumbre de aquellas alturas, donde en vano trata de refugiarse; pues las guerrillas, enardecidas con tan brillante ejemplo, coronan al mismo tiempo aquellos vértices y completan la obra de la caballería.

El resultado queda asegurado con la ocupacion definitiva de dichas posiciones por dos compañías de Orihuela y alguna de Astorga, sacadas de la media brigada de retaguardia, donde por momentos va menguando el fuego.

Despejado el frente, el enemigo desconcertado con la destruccion casi instantánea del refuerzo que esperaba, demuestra claramente en toda la línea que da por perdida la partida.

Avanza entonces la impedimenta y una seccion de artillería con toda la fuerza de la segunda media brigada, escepto la indispensable para proteger la otra seccion de artillería y conservar la posesion de la loma central.

Pocos momentos despues avanzan á su vez por escalones estas últimas fuerzas, reuniéndose en la altura conquistada por la caballería, que formada en batalla con el frente á retaguardia y amenazando con una segunda carga, basta para contener las avanzadas enemigas sin que se atrevan á pasar de la loma que acababan de dejar.

Ya no se oia sino alguno que otro disparo aislado.

El terreno se presentaba abierto á la vista de las tropas liberales, y por él se deslizaba el camino en pendiente suave hasta el fondo del anchuroso valle que conduce á Morella.

No eran de temer allí nuevos ataques del enemigo. Combatian como es sabido desde las siete de la mañana; era la una de la tarde y la victoria de Despujol.

Entonces pudo tocar llamada, é ínterin se reconcentraban las fuerzas, alguna de las cuales, como el primer batallon de Córdoba, se habia mantenido muy á retaguardia conservando sus posiciones, dió un descanso á sus fatigadas tropas, durante el cual espiró el bravo comandante de caballería de Almansa, D. Cándido Cabezas, gloriosa y mortalmente herido una hora antes al cargar al frente de su escuadron.

Incorporadas ya todas las guerrillas y fracciones; reorganizados los cuerpos y medias brigadas, despues de pasar lista; repuestas en parte las municiones consumidas durante aquellas seis horas de no interrumpido fuego, y organizado el transporte de camillas, continuó la brigada su marcha penosa, sin otro incidente que el fuego ya inofensivo que desde unas alturas de la izquierda la hizo, á las cinco de la tarde, un batallon carlista y entró en Morella á las diez y media de la noche.

III.

Y vamos á hacer el resúmen de combate tan heróico.

El campo quedó lleno de cadáveres y heridos enemigos.

Resultaron prisioneros 38 carlistas, cinco de estos oficiales, y cojiéronse además 5 mulos con sus cargas de municiones, 4 caballos, más de 100 armas de fuego, sables, lanzas y efectos de todas clases

y una colección de documentos de la Auditoría de guerra y Estado Mayor general carlista.

Por los prisioneros y otras referencias se supo que el propósito de los facciosos era el de copar la columna que tan caro les hizo pagar su intento.

Las fuerzas de aquellos constituían en junto 15 batallones y 400 caballos, mandados por los cabecillas de Aragon, Gamundi, Campalles y Madrazo, que llegara la noche anterior, y por los de Valencia, Cucala, (padre é hijo) Polo y Corredor; los batallones de Segarra y Vallés que habian acudido á marchas forzadas desde Vinaroz y por último los de Santés, mandados por Monet y Sierra-Morena, que trajo de Catí el titulado comandante general de Valencia y Aragon, cabecilla Velasco.

Las bajas de la columna consistieron en un jefe y 20 de tropa muertos; un jefe, 6 oficiales y 102 de tropa heridos; un capitán, un oficial y 113 de tropa contusos y 15 individuos estraviados.

Hubo además 9 caballos ó mulos muertos y 24 heridos, además de algunas acémilas de bagajes.

El espíritu de las tropas liberales excelente; conduciéndose con bizarría y lanzándose con arrojo do quier que sus jefes las mandaban, y á la primera indicacion.

Durante la lucha resultó herido gravemente el hijo de Cucala, que hubo de quedarse en el pueblo, siéndole preciso administrarle los sacramentos, segun consejo de los facultativos encargados de su curacion.

Las bajas carlistas que resultaron por heridos, á la vista de los datos que rindieron los hospitales provisionales de campaña, fluctuaba entre 450 á 500.

IV.

Sabido por el general en jefe el comportamiento de las tropas en la accion de Villafranca del Cid, á todas luces brillante y entusiasta, las dirigió la siguiente y sentida

«ORDEN GENERAL DEL 31 DE OCTUBRE DE 1874.

» *Soldados de la brigada Despujol.*— Despechado el enemigo por la presencia de las tropas en el corazon de estas ásperas montañas y por la ocupacion de Vistabella y Villahermosa, cuyos esta-

blecimientos militares, únicos de que disponia, quedan completamente destruidos, se habia propuesto tomar pronta venganza.

» Aproximóse, al efecto, con rápidos movimientos, y uniendo sigilosamente todas sus fuerzas, cercó vuestra brigada. Habia contado con vuestro pequeño número, pero no lo bastante con vuestra bravura, y se gozaba anticipadamente en el triunfo.

» Habeis combatido uno contra tres, en desventajosas posiciones por los cuatro frentes á la vez, y abriendo ancha brecha por las filas enemigas, habeis continuado vuestra marcha, causando pérdidas enormes en muertos, heridos, prisioneros y dispersos.

» A la distancia desesperante de doce horas, llegaba á mi atento oído el eco confuso del cañon ; yo presumia que erais vosotros los que combatiais, yo adivinaba que erais vosotros los que triunfabais, y el silencio me produjo la seguridad de la victoria.

» Yo os felicito calurosamente á todos, al ilustre jefe y á los heroicos soldados, por la jornada memorable de Villafranca del Cid; os felicito en mi nombre, en el del ejército, del Gobierno y de la patria.

» Vuestra conducta es de alto ejemplo para todos nosotros, los que no hemos podido estar á vuestro lado, y la historia de nuestras guerras os dedicará una de sus brillantes páginas.

» Se enorgullece de mandaros vuestro general en jefe, *Jovellar*.»

V.

La accion, pues, de Villafranca del Cid, fué una de las más notables que tuvo el sufrido y valiente ejército del Centro.

Así tenemos una satisfaccion en hacerlo constar, rindiendo severo culto á la justicia.

La historia, estamos seguros de ello, consagrará á este hecho de armas una página tan brillante como honrosa.

CAPITULO ÚLTIMO.

Promesa cumplida. — Últimos detalles de la accion de Villafranca. — Fallecimiento del tío Lesmes. — La boda de Perales.

I.

Recordarán nuestros lectores que en la entrevista que tuvieron el sargento Perales y Juana, aquel á instancia de ésta, quedó en

escribirla despues de la accion que todos tenian por inminente.

Y como era conocida la formalidad que el sargento tuvo siempre en todas sus palabras y en todas sus acciones, fuera ofenderle suponer que en esta ocasion habria aquella de faltar.

No era Perales uno de esos hombres que dijese las cosas solo por el gusto de decirlas, ni se comprometiera á lo que no podia cumplir.

Y como la habia ofrecido darla cuenta de lo que de la lucha resultase de algun interés para los dos, hé aquí la carta que recibió Juana dos dias despues de la accion.

II.

« Morella 31 de Octubre de 1874.

» Mi querida y buena amiga Juana: dando á V. una prueba de lo leal, puro y verdadero del cariño que la consagro, voy á comunicarla cuanto me ha ocurrido despues que nos dimos el ¡adios! de despedida, y que á V. interesa conocer, ó debe interesarla, al menos segun mi opinion.

» Desde esa, nos dirigimos á Villahermosa y el brigadier La Guardia dispuso quedáramos en aquella cuatro compañías de Segorbe (que es mi batallon, segun recordará) que acabase de destruir las obras de la maestranza carlista y de formar el inventario de cuanto en ella se encontrase digno de mencion.

» Ordenóse al comandante, á cuyas inmediatas órdenes quedamos, que en caso de que supiera la aproximacion de alguna partida considerable, procurara abandonar la villa á tiempo é incorporarse á la primera columna de ejército que estuviese más próxima.

» Pasamos sin novedad los dias 26, 27 y parte del 28. Entrada ya la tarde de éste, se supo por referencias dignas de crédito que las partidas de Cucala, Corredor y Gamundi se venian concentrando con el propósito de copar la brigada Despujol, establecida en Villafranca del Cid.

» Cumpliendo nuestro comandante las órdenes que para este caso se le habian dado, salimos inmediatamente de Villahermosa en busca del brigadier aludido, al que nos incorporamos la noche del citado dia 28.

» Salimos todas las fuerzas de la columna de Villafranca en la

madrugada del 29 y apenas estábamos fuera del pueblo nos hicieron los carlistas algunas descargas, generalizándose seguidamente la acción.

» Cinco horas llevábamos de fuego, cuando el enemigo empezó á replegarse en retirada.

» Tocóme perseguir con mi seccion una guerrilla facciosa, y no queriendo rendirse á mis intimaciones, mandé hacer fuego.

» Un carlista quedó fuera de combate y los demás, en un rápido movimiento de doble derecha, nos dispararon y una bala me atravesó el muslo izquierdo.

» Mis camaradas al verme en tierra y sin otras órdenes, hicieron fuego, con tan mala suerte para la guerrilla enemiga, que tres hombres más cayeron, siendo alcanzados los otros tres y hechos prisioneros.

» Procedí á reconocer los heridos, y ¡ oh fatalidad ! el primero que habia caído, era tu hermano.

» No obstante su situacion tan crítica, pude hablarle y darle noticias de tu padre y tuyas, que me escuchó llorando como un niño y pidiendo vuestros perdones, por una falta que tan cara le venia costando.

» Militar, dispensé al prisionero herido los consuelos oportunos; hombre, hice por el hombre cuanto en mi mano estaba; español, dí al compatriota todo lo que tenia á mi alcance y se hacia preciso: amigo suyo, del tío Lesmes y de V. ¿qué no hubiera realizado por él ?

» El médico me dijo que era la muerte inevitable, pues la bala se hallaba dentro del pecho.

» ¡ Con cuánto dolor, mi buena Juana, escribo á V. estos detalles !

» Pero no sé mentir ni á V. puedo ni debo engañar.

» Habrian trascurrido cinco minutos y su hermano, despues de pronunciar otra vez los nombres de su padre y el de V. y muchas más las palabras ¡ perdon ! ¡ perdon ! hizome señas de que queria hablarme.

» Como la voz se le iba apagando me bajé hasta casi tocar su rostro y me dijo, no sin grandes esfuerzos:

— » ¡ Sargento Perales .. Diga V. á... mi padre si... le vé... que es pa...ra él mi últi...mo suspiro... Y... á... Juana... véle... usted... por... ella... Pobre... padre... mio... infe...liz... her...ma..

» Y sin acabar la frase espiró en mis brazos.

» ¡ Dios le haya recibido en su santa gloria !

» Dentro de dos dias, probablemente tentará el gusto de pasar á ver á Vds. su buen amigo,

FERMIN PERALES. »

III.

La llegada á Córtes de Arenoso del sargento Perales, tres dias despues de escrita la carta arriba inserta, fué todo lo dolorosa que nuestros lectores comprenderán.

Efecto del pesar que la lectura de aquella produjo en el padre de Juana, agravóse su estado y cuatro dias más tarde dejó de existir.

¡ Pobre tio Lesmes !

• • • • •

Dos meses más tarde, restablecido Perales de su herida, ascendido á oficial y declarado de reemplazo, recibia con Juana y al pié de un altar en una de las iglesias de Arévalo, las bendiciones del sacerdote al unirles en matrimonio.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.	5
PRÓLOGO, por <i>D. Antonio de San Martín</i>	7
CAPITULO I. — ¡Bendita sea la paz! — Un recuerdo de la tierra y un chaparron del cielo. — En marcha.	9
» II. — Fusilamiento de dos voluntarios. — Una orden general al ejército. — El sargento Perales. — Empresa difícil. — De camino.	18
» III. — En Córtes de Arenoso. — Juana. — El tío Lesmes. — Una carta de Herranz.	26
» IV. — Recompensas merecidas. — Noble proceder. — Herranz y Perales con licencia temporal.	38
» V. — Medidas extremas. — Los agentes del carlismo en Roma. — Orden general de despedida de D. Alfonso	40
» VI. — Alocucion del general Jovellar al ejército del Centro. — El brigadier La Guardia en Villahermosa. — Descripcion de esta villa. — La maestranza carlista establecida en la misma. — Documento curioso.	46
» VII. — Por el camino. — Promesas amistosas. — Despedida. — El nuevo hijo pródigo. — Una carta de Peña.	54
» VIII. — Situacion presente. — Consideraciones. — Perales en Córtes de Arenoso. — Ojeada retrospectiva. — Un amor que nace. — Un encargo que se acepta. — En visperas de la batalla.	64
» IX. — Una aclaracion. — Villafranca del Cid. — Descripcion de esta villa y de la accion que la dá nombre. — Alocucion del general en jefe á la brigada Despujol, despues del combate.	72
» ULTIMO. — Promesa cumplida. — Ultimos detalles de la accion de Villafranca. — Fallecimiento del tío Lesmes. — La boda de Perales.	80

INDEX

CONTENTS

CHAPTER I. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1776 TO 1861. 1

CHAPTER II. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1861 TO 1865. 15

CHAPTER III. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1865 TO 1877. 31

CHAPTER IV. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1877 TO 1899. 47

CHAPTER V. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1899 TO 1914. 63

CHAPTER VI. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1914 TO 1918. 79

CHAPTER VII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1918 TO 1921. 95

CHAPTER VIII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1921 TO 1929. 111

CHAPTER IX. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1929 TO 1933. 127

CHAPTER X. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1933 TO 1945. 143

CHAPTER XI. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1945 TO 1953. 159

CHAPTER XII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1953 TO 1961. 175

CHAPTER XIII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1961 TO 1969. 191

CHAPTER XIV. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1969 TO 1977. 207

CHAPTER XV. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1977 TO 1981. 223

CHAPTER XVI. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1981 TO 1989. 239

CHAPTER XVII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1989 TO 1993. 255

CHAPTER XVIII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 1993 TO 2001. 271

CHAPTER XIX. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 2001 TO 2009. 287

CHAPTER XX. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 2009 TO 2017. 303

CHAPTER XXI. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 2017 TO 2021. 319

CHAPTER XXII. THE HISTORY OF THE UNITED STATES FROM 2021 TO THE PRESENT. 335

